

DIARIO DE LA MARINA

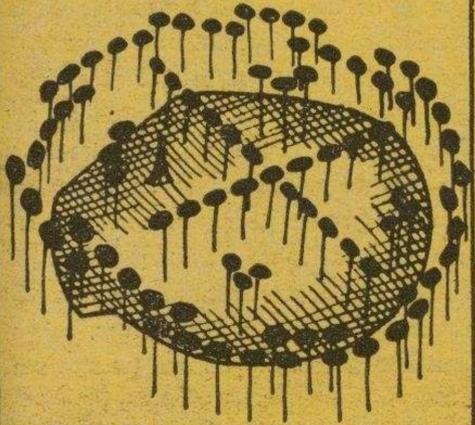
Decano de
la Prensa
de Cuba

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América

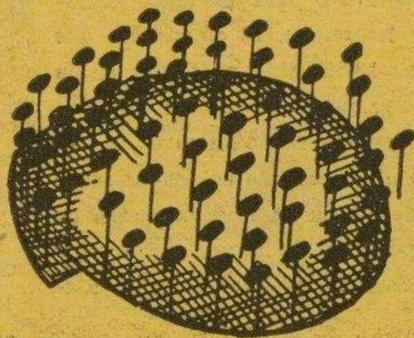
Aviones y DEFENSAS

LA HABANA, 1 DE OCTUBRE DE 1939.

FRANCIA - MALLA
TRANSVERSAL Y EN
GRUPOS



INGLATERRA - MALLA ANTI-
AEREA, TIPO
TRESBOLILLO



DOS HOMBRES
ELEVANDO EXPLOSIVOS Y MINAS A
UNA PROPORCION DE 2 POR MINUTO.

Arriba: el sistema británico, desarrollado. Parte inferior (al lado extremo): una fantasía de Wells: las minas aéreas. Por último: el jefe de la aviación alemana, Milch.

EL avión militar es hoy en la técnica guerrera lo que era en otros tiempos la caballería para los Mongoles y el poderío naval para los Normandos. El aparato de bombardeo tiene una velocidad balística de 300 a 500 pies por segundo, muy superior a la de los proyectores de los morteros. De ahí que los peritos a'emanes consideren el avión «un proyectil de largo alcance vencedor de los espacios».

LO QUE OPINAN LOS GENERALES DOUHET, FULLER Y VON METZSCH

De acuerdo con el experto francés Rougeron, 100 libras de explosivos son suficientes para destruir una fábrica y un raid calculado a base de 250 libras por hectárea basta para arrasar con cualquier zona industrial. Las ciudades requieren de 1 a 2 toneladas por hectárea. El General Douhet, notable autoridad de la aeronáutica italiana, cree que con 500 aviones de bombardeo se puede desorganizar todo el establecimiento industrial de Alemania en la frontera de occidente.

Naturalmente, las experiencias de los últimos dos años de la Guerra Mundial, 1917-18, y las acciones de la guerra civil española, no pueden dar sino una idea remota del peligro de los bombardeos aéreos. En 1918, París fué bombardeado por 37 aviones alemanes que lanzaron 15 toneladas de bombas y ocasionaron 869 muertos y heridos. Inglaterra sufrió 111 raids, según el general Fuller, y tuvo 4.800 muertos y heridos. En España, la superioridad en el aire le permitió al general Franco marchar hasta las puertas de Madrid, tomar a Bilbao y realizar el avance general de 1938. El gobierno leal, en cambio, debió a sus aviones el triunfo de la batalla de Guadalajara. Indalecio Prieto, Ministro de Defensa de la república, escribió: «La guerra española ha demostrado la supremacía del avión en la defensa y en la ofensiva».

La nueva situación táctica creada por el avión la ha resumido el general Von Metzsch, indiscutible autoridad en la materia, en la forma siguiente: «El ambiente de púas ya no es una barrera infranqueable. Las minas de tierra pueden descubrirse antes de que ocasionen daños. Las trincheras pueden ser llenadas con gases lanzados desde el espacio. La protección improvisada contra los gases en las guaridas subterráneas sólo tiene un valor problemático... Ahora se pelearán batallas parecidas a las de Tannenberg y Tolmein, y se repetirán operaciones como las de Rumanía y Serbia en 1914 pero no es probable que se peleen batallas como las de Somme y las de la campaña de Flandes».

LA EVACUACION EN MASA Y LA LINEA MAGINOT DEL AIRE

Estamos, pues, en una guerra de maniobras, no de posiciones estables. No puede repetirse la batalla del Marne. Las líneas Maginot y Siegfried demorarán la acción, pero no podrán impedir la. Será una contienda de crisis y de sorpresas. Hemos tenido muestras del avión en la ofensiva de Polonia, pero no conocemos todavía la realidad catastrófica de la guerra-relámpago en el aire, y del avance destructivo con los tanques de tierra.

La primera medida que han tomado los bandos contendientes es la evacuación de las poblaciones civiles de París, Londres, Berlín y demás ciudades importantes de Europa. Sólo permanecen en estas plazas amenazadas las personas jóvenes y ágiles, que pueden defenderse de los raids guareciéndose

Aviones y



Defensas

Sensacional radiofoto de la primera acción de guerra entre Alemania e Inglaterra. Uno de los aviones ingleses derribado durante el bombardeo aéreo a la base alemana de Wilhelmshaven, en el que, según Londres, fué echado a pique el crucero «Gneisenau».

La nueva técnica en aeroplanos, mallas defensivas, baterías antiaéreas y bombas

en túneles subterráneos como los construidos en Londres por la compañía de teléfonos y cables para proteger a sus miles de empleados.

La segunda medida es la malla flotante de acero, que en París se conoce con el nombre de «Línea Maginot del Aire». Francia e Inglaterra han perfeccionado este sistema de defensa hasta donde lo permiten las dificultades del tiempo, pero se cree que con él es posible, sino evitar, por lo menos disminuir considerablemente la catástrofe de los bombardeos.

COMO SE DEFENDIERON VENECIA Y AMIENS CONTRA EL AVION

Las primeras mallas suspendidas de globos fueron utilizadas por los italianos en 1916 en la defensa de Venecia. En el otoño de este año, Max Verneuil, hoy ingeniero jefe de la Aeronáutica Francesa, colaboró en la erección de la primera malla levantada en Amiens para proteger la estación ferroviaria de Longueau. El dispositivo que se empleó en Amiens había sido ensayado en la Academia de Saint Cyr por los oficiales de Chalais-Meudon, el gran centro aeronáutico de la república. Consistía de una cerca de cables de acero izada a 500 metros de altura en una extensión de 1.000 metros, y suspendida de cinco globos tipo «H», que correspondían al modelo Drachen alemán.

En abril de 1917 se había demostrado la eficacia de los globos cautivos para defender a Venecia contra las incursiones aéreas de los austriacos. El

hecho era importantísimo, porque los alemanes tenían ya en construcción el famoso avión Gotha desde 1916. Este aparato era una biplano de 24 metros, movido por dos motores Mercedes de a 290 caballos de fuerza. A una velocidad de 150 kilómetros por hora, el Gotha podía recorrer de 300 a 500 kilómetros sin escalas, con una carga de siete bombas de 50 kilogramos y 6 de 12, y armado de tres ametralladoras.

ALEMANIA FUE FRUSTRADA EN EL AIRE EN 1914

Los alemanes tenían destacada en Grontrode y en Saint Denis Westreim, una escuadrilla de 24 aviones Gotha. Para contrarrestar los raids austriacos, Venecia levantó una sola malla sostenida por 40 globos. La noche del 29 al 30 de junio de 1917 seis hidroaviones hicieron un ataque sin éxito, pues no se atrevieron a penetrar la cerca. La noche del 14 al 15 de agosto veinte hidroplanos hicieron una segunda tentativa. Cuatro fueron derribados por las baterías antiaéreas. Dos penetraron los cables y se enredaron en ellos.

Inmediatamente, los alemanes y los aliados comenzaron a preparar defensas de mallas. Saconnay, Caquot y el capitán Letourneur en Francia perfeccionaron un tipo de globo capaz de elevarse a dos mil metros. En enero de 1918, 60 aparatos alemanes bombardearon a París, y causaron algún daño, porque las mallas no estaban terminadas.

La primera sección completa de globos de defensas que se construyó a fines de agosto de 1917 en Chalais-Meudon, fué destinada a Pont-Saint-Vincent, para proteger la fábrica de Neuves-Maisons, uno de los principales centros metalúrgicos de Francia. Este centro industrial estaba situado a 20 kilómetros de la primera línea en el Bosque de Parroy, y los aviones alemanes habían desorganizado su producción casi totalmente. Sólo la malla de acero los alejó definitivamente de su objetivo, por lo que el uso de esta defensa se propagó rápidamente a Dunquerque, Metz, Nancy y otras poblaciones estratégicas del frente.

LA DEFENSA DE MALLAS FRENTE A AVIONES DE 500 MILLAS

En 1918, Francia tenía una malla perfeccionada con globos elevados a 4.500 metros, más altura de la que prácticamente necesitaban entonces los aviones de bombardeo para hacer un ataque eficaz. Entre el 30 de enero y el 15 de septiembre, los alemanes hicieron varios raids de exploración y tanteo. La noche del 15 al 16 de septiembre 56 aparatos cayeron sobre París, pero solamente tres lograron bombardear las afueras de la ciudad.

La transversal de los Campos Elíseos, que es uno de los puntos de defensa de las mallas de la capital francesa, es un impedimento tremendo para los aviones modernos. La Línea Maginot del Aire comprende tres etapas: 1) las mallas de protección de secciones y objetivos particulares; 2) la cerca de acero de la ciudad; 3) los impedimentos colocados en las zonas de aproximación y las rutas más ventajosas para el ataque. Los pilotos enemigos, volando a gran altura, con una visibilidad limitada y a enormes velocidades, saben que los hilos invisibles constituyen una trampa para sus aviones.

Claro está que hay aviones que sobrepasan las mallas y las baterías de tierra, pero no son mu-

chos. El motor más potente para grandes alturas es el Pratt and Whitney Double Wasp de los Estados Unidos, de 18 cilindros, enfriado por aire radiado, que desarrolla 1.600 caballos de fuerza a 20.000 pies de elevación. Volando a 400 millas por hora a esa altura un avión no podría ser alcanzado por las más formidables baterías de tierra. Sería un aparato con 100 millas de ventaja en velocidad sobre el Heinkel alemán, que desarrolla 310 por hora. Y eso, sin contar que en el campo de aviación de Langley, los norteamericanos acaban de perfeccionar un ala de avión que permitirá alcanzar hasta 500 millas por hora!

TÉCNICA DE LAS BATERÍAS DE TIERRA

El avión de bombardeo común y corriente de las grandes flotas europeas, sin embargo, en nada se parece a ese modelo descrito, y sólo es efectivo a elevaciones de menos de 10.000 pies. Suponiendo que pasara las mallas y descendiera sobre París o Londres o cualquier centro industrial, se enfrentaría en seguida al peligro de los cañones anti-aéreos, que no fallan entre 12.000 y 15.000 pies, y surten efecto hasta 28.000 y 37.000 pies de altura.

La táctica antiaérea moderna ordena una formación de filas de observación situadas a 25 millas de distancia hasta las líneas enemigas. Los detectores de sonido pueden ubicar la posición de un avión de 36 a 60 millas de distancia. Si un aparato de 250 millas por hora se descubre a 125 millas de distancia, hay 30 minutos de alarma anticipada. En pocos segundos, las baterías de tierra estarán listas; la artillería pesada tardará de dos a tres minutos; los aviones de persecución, de 25 a 30 minutos.

El avión de bombardeo no puede variar de rumbo para esquivar los disparos de tierra, si quiere dar en su blanco. A 17.000 pies de altura tiene que descender a 12.000 pies y volar en línea recta por 45 segundos antes de lanzar la bomba. En esos 45 segundos las baterías de tierra, disparando alternadamente en pares, lo cazan inevitablemente. De noche, los potentes reflectores iluminan al enemigo y los instrumentos automáticos de puntería y sonido lo sitúan en un punto determinado de su ru-



Parte de una escuadrilla Bristol «Blenheim», de bombardeo bimotore, considerados como la aportación más importante de la aviación inglesa en esta guerra. Pueden desarrollar una velocidad de 295 millas por hora, con un radio de acción de 1900 millas.

ta exacta. Los Estados Unidos utilizan un aparato que descubre al avión y dispara contra él simultáneamente.

ULTIMOS ADELANTOS EN LA CIENCIA DEL «RAID»

Durante la guerra española se probaron tres hechos: 1) que las baterías antiaéreas son eficaces; 2) que los aviones rápidos fallan los blancos; 3) que los raids no desmoralizan a las poblaciones civiles, especialmente cuando las mujeres, los niños, los ancianos y los inválidos han sido evacuados.

Alejandro Seversky, as de la aviación rusa que ahora construye aviones en los Estados Unidos, dice que en esta guerra los bombardeos aéreos serán de tipo «selectivo», principalmente sobre los centros industriales. Ninguna nación va a gastar sus efectivos aéreos en el bombardeo de poblaciones civiles. Los cañones de los aviones alemanes disparan balas explosivas desde que aprendieron esa lección en la guerra civil española, y quieren emplearlas para fines prácticos.

El moderno avión de bombardeo es un arma de

precisión. Dispara tres clases de bombas: la de contacto, que estalla al chocar, la de penetración al blindaje, y la incendiaria. Estos proyectores no son disparados hasta que el técnico del avión no fija su blanco con arreglo a la altura y velocidad del aparato y la velocidad del viento. A poco de disparada la bomba, se abre automáticamente el pequeño paracaídas que lleva y que la hace caer en dirección vertical y permite al avión apartarse de la explosión.

Un diario es una historia que siempre llega al final antes de estar terminada.

o o o

Nadie tiene más que aprender que el que cree que todo lo sabe.

o o o

Los hombres casados son todos grandes inventores... de excusas.

o o o

Puede que la mujer envidie la belleza de otra, pero jamás la perdona.



Uno de los potentes reflectores, para «desnudar» en el aire los aviones funcionando en Londres.

RECORDAMOS haber leído cierta vez, en el periódico «Ahora» del Madrid de antes de la guerra, un ameno y erudito trabajo sobre bibliotecas, bibliógrafos y bibliómanos en que se daban detalles y noticias muy interesantes sobre las mejores y más copiosas bibliotecas que han existido: un trabajo de verdadera importancia, debido a la docta pluma del erudito escritor Almela y Vives. Refiriéndose a la biblioteca del obispo polaco Zaluski, dice Almela que en el año 1795 entraron los rusos en Varsovia y una autoridad competente—en este caso incompetente, agregamos—ordenó que la biblioteca de Zaluski, enemigo del Gobierno del Zar, fuera trasladada a Rusia; y en cumplimiento de la orden, los trescientos mil volúmenes de que aquella se componía fueron lanzados de cualquier modo a las carretas que habían de llevar a cabo el transporte. Cuando caía algún volumen, los cosacos encargados de acompañar el convoy lo recogían del suelo con la punta de sus sables, y después lo utilizaban para atizar el fuego con que encendían sus pipas.

Recientemente nuestra Biblioteca Nacional ha sido trasladada de los salones que ocupaba en el antiguo caserón de la Maestranza de Artillería, del gobierno de la colonia, al Cuartel de la Fuerza, frente al antiguo Palacio de Gobierno; pero hay que declarar, en honor de la verdad, y para prestigio de los encargados de aquel transporte, que se hizo con el mayor esmero, no habiéndose perdido ni deteriorado un solo ejemplar de los doscientos mil y pico que guarda en sus anaqueles y estantes aquel centro de nuestra cultura nacional.

Hemos visto trasladar en camiones y carros bibliotecas tan valiosas y nutridas como las de Raimundo Cabrera, Rafael Montoro, González Lanuza, Llorente, el doctor Zayas y otros ilustres compatriotas, legadas por ellos a la Biblioteca Nacional, Sociedad Económica y otros centros culturales, y siempre hemos tenido ocasión de observar el poco o ningún cuidado que se les prestaba a tales invaliosos tesoros científicos y literarios, pasando los más interesantes volúmenes de una a otra mano de los cargadores, con el mismo desdén y descuido con que se pasan unos a otros los peones de albañil los ladrillos de una fábrica, hasta quedar hacinados en revuelto montón en medio de la vía pública; eso sin contar la triste suerte que hubo de caberle a ciertas bibliotecas, como las de Cuéllar, Viriato Gutiérrez Averhoff, Wifredo Fernández y otros, que bien podían haber sido recogidas y trasladadas por manos expertas y piadosas a la Universidad u otros centros docentes por el estilo. Se dice que una de las circunstancias que más pesaron en el ánimo de Wifredo Fernández para privarse de la vida, fué el asalto y destrozo de su excelente biblioteca de la Calzada de la Reina. Nos cuenta una señora nuestra amiga, que a raíz del asalto de la biblioteca de Wifredo, se encontró con un pilluelo que había separado de aquel montón de libros una buena cantidad de ellos para llevárselos. La señora le preguntó que si los vendería, y en cuánto, y el chiquillo le contestó:

—Pues, sí señora, que se los vendo: se los doy los «finitos» a real, y los «gordos» a peseta.

La señora cargó con todos los «gordos» que pudo.

Ningún espectáculo más desgarrador que el de esos libros rotos, destrozados, sucios de polvo y fango, rodando en medio de la vía pública. Acaso en algunos de ellos alguien pudo leer, en una página arrancada violentamente, aquella copla de Jorge Manrique:

... que bienes son de fortuna
que revuelve con su rueda
presurosa;
la cual no puede ser una
ni ser estable ni queda
en una cosa...

Nosotros pudimos recoger del suelo, en el Malecón, de la biblioteca asaltada del doctor Averhoff, un ejemplar de los «Poemas de Oscar

Viejas postales descoloridas



LIBRO

por Federico Villoch

son huellas visibles y elocuentes de la honda emoción que en nuestros espíritus hubo de despertar en su día aquella lectura. A lo largo de su vida un lector fanático puede citar: el libro del dolor, el libro de la alegría, el libro de la convalecencia, el libro de un agitado periodo sentimental, el libro que mitigó una pena, el libro que hizo latir en la subconciencia una salvadora idea, el libro que en misteriosa cúpula cerebral engendró otro libro...

A semejanza del patriarca que reparte por igual su cariño entre su infinita prole, un artista, un hombre de letras tiene el mismo idéntico aprecio por todos los libros de su biblioteca; pero experimenta afectos más íntimos y hondos por éstos o por aquéllos, según las afinidades y simpatías que entre ellos y él se hayan desarrollado por compenetración de ideas y de gustos. Como se interesa uno, indagando el destino en el futuro de nuestros seres amados, así también nos preocupamos a veces por la suerte que habrá de aguardar en el mañana a esos libros de nuestra especial predilección; las manos en que hayan de caer, el menosprecio con que tal vez lleguen a mirarlos la ignorancia, la codicia con que en su día los arroje algún heredero inconsciente en las canastas de los acaparadores. Los libros de nuestra predilección son esos pertenecientes al que se le pudiera llamar «género sencillo». Amamos, como dice el filósofo inglés Cowley, «todo lo pequeño, una pequeña y suficiente hacienda, una risueña casita, una linda compañía y un mesa bien sencilla».

Ese género sencillo es, precisamente, el más complicado y difícil, por las cualidades, conocimientos y experiencias de toda clase que exige en el escritor que lo cultiva. Un libro o novela en dos o tres tomos, y cuantos más mejor y más fácil, está al alcance de cualquier literato diestro y habituado al manejo de la pluma. Se llenan cuartillas como botellas de agua cuando se tiene la costumbre de hacerlo; pero ese libro de escasas páginas, menudo él, como para que no se separe nunca de nosotros mismos, es sabroso y delicado fruto que sólo producen los contados ingenios escogidos por esa hada casta y risueña que se llama la amenidad, en connivencia con el talento; hay obras de esas, tan espontáneas y sencillas, que parecen que se han hecho ellas solas.

La literatura universal ha producido en ese género verdaderas maravillas, sin que en ninguna, ello demuestra sus dificultades, se haya prodigado hasta el cansancio y la vulgaridad el número de los autores. Hoy se leen poco esas obras, o acaso ya no se leen; y por eso creemos oportuno dedicarle una vieja postal descolorida.

En España han sobresalido Selgas, Fontana y Trueba, y el famoso Pérez Escrich escribió su «Frac azul» con tal caudal de humorismo y observaciones, sutiles y delicadas, que podría colocarse al lado de «La vida de bohemia» de Murger llevándole la ventaja en no pocas páginas. En Francia han enriquecido el género Alfonso Daudet con su «Poquita cosa»; Gustavo Droz, con «Los estanques», «Recuerdos y lágrimas» y «Mamá y papá», y «El niño», libre encantador del que se han tirado más de ciento y pico de ediciones; Jules Renard, con «Zanahoria», «El viñador en su viña» e «Historia natural»; Anatole France con su inmortal «Crainqueville»; Halevy, con su deliciosa «Criquette» y su sublime «Abate Constantino»; Próspero Mérimé, con su inmortal narración «Carme», relámpago de pasión que brilló una vez y dura todavía, y, sobre todo, Emile Souvestre lo ha cultivado en más de cuarenta volúmenes, entre los que sobresalen «Un filósofo de guardilla», obra premiada por la Academia Francesa; «En familia», «Paseos matinales», «Ricos y

Wilde», que regalamos a la Biblioteca Nacional como un recuerdo de la turbulenta jornada del 12 de agosto de 1933. Nuestro viejo amigo Pancho Coronado lo colocó en sitio preferente en uno de los estantes de dicha biblioteca.

En esos establecimientos abigarrados donde se vende de todo, se ven, a veces, entre viejos semicupios de latón, deterioradas y empolvadas máquinas de escribir y muebles ya fuera de moda, anaqueles y canastilleros abarrotados de libros, en los que se destacan, por sus colores iguales rojos, verdes, de pasta de cuero a la española, colecciones de verdadero mérito e interés allí abandonadas y olvidadas; y que fueron adquiridas en la «liquidación de una familia» por precios irrisorios, al «barrer», como se dice. Hay que reconocerles a esos empeñistas la virtud del silencio. Contadas veces revelan el nombre de propietario de esas bibliotecas o de sus familiares en desgracia. Sólo cuando fijamos nuestra atención en la portada de algunos de esos volúmenes, es cuando nos enteramos del nombre de su dueño; y toda una historia de vicisitudes se desarrolla en nuestra imaginación: cuando nos desprendemos de nuestros libros, es como el naufrago que se despoja de sus últimos vestidos, para lanzarse a las olas...

Nada demuestra mejor la ordenación, claridad y limpieza de las ideas de un hombre de letras, como el cuidado y la esmerada colocación de sus libros; como asimismo nada refleja su genio impetuoso y desordenado, como el abandono y hacinamiento de ellos. Balzac vivía entre verdaderas y revueltas montañas de libros. Lamartine los tenía colocados en sus estantes de tal modo, decía él, «que a oscuras y de noche, podría encontrar el que deseaba». La prosa tumultuosa de Balzac y el verso ordenado y tranquilo del autor de «El lago», reflejan sus respectivos caracteres. Un libro es un amigo; un hermano. Algunos son como nuestro propio corazón. A no pocos se les quiere y distingue como a un ser amado. Notas y signos jeroglíficos al margen de algunas páginas,

pobres», «Al calor del hogar», «El rey del mundo», «Escenas de la vida íntima», «Conversaciones literarias» y ese libro encantador, biblia santa que deben llevar consigo en sus paseos cuantos declinan hacia el ocaso, titulado «Recuerdos de un viejo». La estrella refulgente del género: «Pablo y Virginia», que brilla con luz clara y pura aureolando el nombre de Berberdino de Saim-Pierre.

Otros dos ejemplares de este género inefable, tan lleno de belleza y tan difícil de cultivar la novelita «Rosas y perros», escrita por el ameno literato cubano-español Ramón Rodríguez Correa, el conocido prologuista del poeta Gustavo Adolfo Bécquer, publicado en Madrid el año 1887, y su hermana del mismo estilo «El asesino de la muñeca», escrita recientemente por un delicado literato que oculta su nombre bajo el pseudónimo de Tristán Medina. El escritor andaluz presbítero Juan J. Muñoz Pavón, ha producido en ese género obras verdaderamente exquisitas, modelos de ternura, fina observación y gracia, como «La millona», «Temple de acero» y otras.

Cierta vez oímos decir por radio a un locutor, que las obras de los novelistas de principios del siglo, es decir, de 1900 para acá eran «creaciones vacías de alma, sin espíritu de consistencia, meras producciones huecas y ficticias, etcétera etc.» Cuéntase que Dios, después que hizo el mundo, lo entregó a la disputa de los hombres; y también se cuenta que al echar a la tierra al primero, le dijo, dándole una cariñosa palmadita en el hombro:

—Anda, hijo; que vas a oír y ver cosas.

¿Quién no recuerda con supremo deleite su primera lectura de «Antonina o los ángeles de la tierra», de Dumas (hijo); de «La Graziella», de Lamartina, y del «Asno muerto», de Jules Janin? Por mucho que las truculencias literarias al uso intenten posesionarse del espíritu, ahogando todo recuerdo del pasado, el sedimento de delicadeza y de ternura que aquellas obras dejaron en nuestras almas, renace y brilla siempre, con esa luna suave y penetrante de las estrellas, suficiente a poner un hábito de claridad y alegría en las sombras de las noches más oscuras e impenetrables.

Ahora se acaba de traducir del húngaro, por Orts y Ramos, una obra de este género sencillo, que es una verdadero joya: «El paraguas de San Pedro», escrita por Coloman Mikissath. Con un estilo fácil, llano, sin trucos ni metafísicas, este modernista de los buenos llega a las más excelsas cumbres del arte, y valiéndose de los procedimientos más delicados y poéticos, consigue despertar en sus lectores las emociones más agradables y profundas.

En Italia, Edmundo de Amici se hizo notar con «Corazón» y otras obras por el estilo, y Salvatore Farina escribió cosas tan bellas como «Hijo mío» y «Cabellos rubios». Entre nosotros, Cirilo Villaverde nos legó un libro encantador con su «Viaje a Vuelta Abajo» y la novela «Dos amores», reeditada hace poco, y Raimundo Cabrera su «Recuerdos de mis buenos tiempos», que puede citarse como una joya entre las más brillantes y ricas del género. La literatura inglesa lo ha cultivado con verdadera delectación, figurando a la cabeza de las obras que en él ha producido «El hijo de la parroquia» y «Cuento de Navidad», ambas de Carlos Dickens.

En España, Fernán Caballero escribió «La Gaviota» y Pedro Antonio de Alarcón cinceló esas dos joyas inestimables de la literatura española que se llaman «El sombrero de tres picos» y «El capitán Veneno». Pío Baroja, escribiendo con sencillez inimitable, y en ese estilo suyo, a lo que salga, que los ignorantes no llaman estilo, nos ha legado sus obras «Juventud y egolatría», «Horas solitarias» y «Zalacain el aventurero», que se destacan de sus obras más seguras y trascendentales.

P. Saintine, escritor francés que brilló allá por el año cincuenta del pasado siglo, nos encanta con la divina «Picciola», que premió la Academia Francesa, y de la que se han hecho en todos los



idiomas infinitas ediciones. Si no la has leído, léela, lector amigo, y nos agradecerás la recomendación. Escribió además Saintine «El mutilado», obra, como dice uno de sus biógrafos, que sigue a «Picciola», en sencillez y ternura, y es también otra obra muy bella del propio autor «La segunda vida». Otro libro diminuto, cómodo, para llevarlo en el bolsillo y leerlo que gustarlo a ratos como una perfumada pastilla, «Los caracteres», de La-Bruyere», del cual decía Julio de Goncourt, en su horror a llegar a ser el autor de una abundancia de libros: «He nacido para escribir en toda mi vida un tomito en dozavo, del género de La-Bruyere, y nada más que ese dozavo. Pero los mejores sueños no se realizan».

Cuando el espíritu saborea una de estas deliciosas lecturas, recuerda al viejo cansado y sediento que encuentra, tras larga caminata, una fuente que mana clara y limpia de entre las peñas y de cuya agua bebe ávido, llevándose a la boca en las cuencas de sus manos. ¡Cómo se ensancha nuestro ánimo al sentir su frescura corrernos por las venas! Siendo tan poca cosa, aquellos pequeños sorbios de agua nos vigorizan, nos alientan, nos infunden nuevas fuerzas para continuar la jornada, y por seco y árido que se presente el paisaje que nos rodea, nos lo muestra lleno de encantos y atractivos.

De raro en raro aparece un libro de esta especie, que semeja, en medio de esta baraunda de escuelas y tendencias nuevas y peregrinas, el canto medroso de un pajarillo asustado, al que se apresuran a espantar con sus violentos e iracundos manotazos nuestros modernos eruditos a la violeta. El ánimo se recrea y aspira embriagado el perfume que llega de aquellas floridas regiones, cada vez más lejanas; pero es sólo un fugaz momento de tregua, porque el carro bamboleante que nos conduce continúa su marcha hacia desconocidos horizontes, en medio de espeluznantes sombras de pesadillas, siniestros graznidos de cuervos y monótonos cacareos de aves de coral...

Alguien nos argüirá que éstas son vejeces literarias que desaparecieron para no volver, y que hoy el gusto es otro; pero le podríamos contestar a ese alguien que sobre gustos no hay nada escrito; y que las joyas, por empolvadas y escondidas que se encuentren, no pierden su mérito intrínseco. En una de nuestras postales sostuvimos, y aquel alguien que citamos se sonrojó, seguramente despectivo, al leernos, que «El Gran Galeoto» de Echegaray, de ser estrenado en estos días, hubiera alcanzado aún mayor éxito que el que obtuvo, y fué grande. la noche de su estreno en el

Teatro Español, el 19 de marzo de 1881. En confirmación de nuestra creencia, leemos en una revista extranjera que se ha representado nuevamente «Cyrano de Bergerac», en la Comedia Francesa. La obra data de cuarenta años. Las ideas han evolucionado tanto, que se esperaba encontrarla envejecida y sin frescura. Por el contrario, su éxito es triunfal. Se espera que llegue a las quinientas representaciones. Dicen los periódicos parisienses que no se tiene seguridad de encontrar una localidad ni aun con quince días de anticipación. La juventud de los estudiantes aclama todas las noches a Edmundo Rostand. «Esto atestigua, asegura el conocido crítico francés Camilo Mauclair, el deseo del público a un retorno a la claridad, a la gracia, a la franqueza, al patriotismo caballeresco, a la poesía sentimental, a todo lo que se creía pasado de moda después de las teorías de Frue, las obscuridades y sutilezas de Proust, de Gide y de Valéry». El triunfo es también del viejo Verdi, que pedía volver a lo «antico».

¡Salve, oh genero casto y sencillo, pasto de las almas candorosas que no entienden de complicadas metafísicas, y cuyo secreto han desenterrado únicamente los grandes de las letras! No hay que ir a buscarlo muy hondo, no. Por lo general, se encuentra más arte y más ingenio, y sobre todo, más humanidad, hasta en esas novelitas frívolas y sin pretensiones de las bibliotecas «rosa», «azul», «ideal» y otras por el estilo que en los volúmenes tan panzudos como pesados, que autorizan firmas prestigiosas, como asimismo hay más emoción y más originalidad en una cancioncilla ligera y popular—la romanza de «María la O» de nuestro Lecuona—que en esas piezas pretenciosas de las compuestas exprofeso para ser cantadas en una velada cursi, al lado de un piano de cola, enfundado el que la canta en un frac ceñido y molesto, si no en su lugar una señorita flaca y narizona, envuelta en un traje color naranja, salpicado de lentejuelas...

Cierto poeta lirico francés, de la clase de los que confeccionan esos indigestos volúmenes a que antes nos hemos referido, preguntó una vez, en una velada, al célebre poeta cancionista francés Beranger, dándole suaves golpecitos en la espalda y con ese tono amable y zumbón que encierra la más punzante de las ironías:

—Y bien, caro poeta. ¿Cuándo hacemos una nueva cancioncilla?

A lo que el caro poeta, autor del «Regreso a la patria» y «Las golondrinas», contestó:

—¡Oh, gran señor; no es cosa tan fácil hacer una canción, como un poma épico!...

EPOCA

—En mi casa tengo tres hermosos cuadros.

—¿De qué época?

—Hombre, te diré... de la época en que tenía dinero para comprarlos.

ooo

Hasta la fama suele ser inconveniente. Desde luego, permite a los acreedores imponerse de las andanzas del deudor.

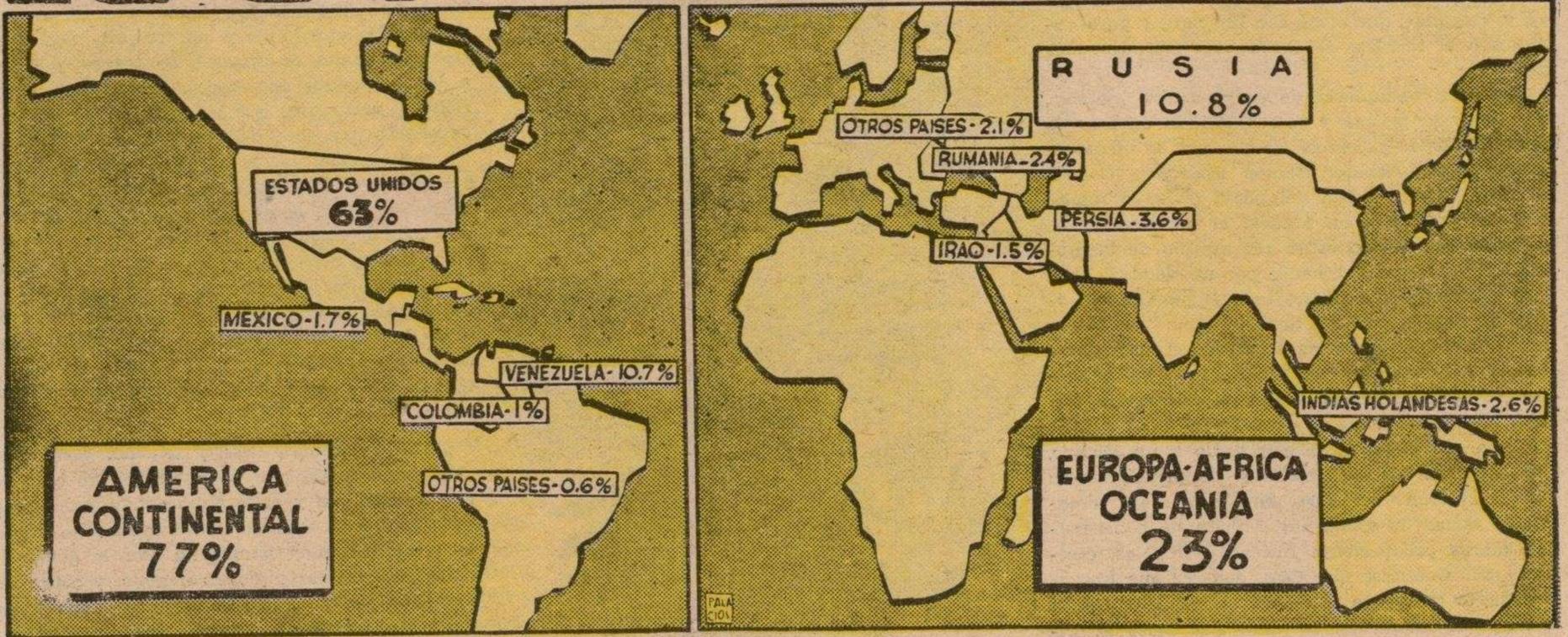
Hay sombreros que hacen que las caras de las mujeres se vean largas, pero no tan largas como las de los maridos que pagan la cuenta.

Un cobarde te dirá: «La discreción es la mejor parte del valor».

No creas que toda mujer de ojos tristes tuvo un amor desgraciado; a lo mejor está recordando lo que hace sufrir a su marido.

No es que el tonto no tenga cerebro, sino que no sabe hacer uso de él.

La Guerra del PETROLEO



Este mapa mundial representa la distribución del petróleo en el frente económico en que se decidirá la guerra. Alemania e Italia carecen de este importante combustible. Con su producción sintética de gasolina a base de carbón y los pozos de Rusia y Rumania el Reich podría resistir algún tiempo; pero Italia capitularía. Inglaterra y Francia tienen abiertas las fuentes de abasto del resto del mundo. La América continental produce el 77 por ciento del petróleo y puede paralizar si quiere el progreso de la actual hecatombe.

SOLO RUSIA Y RUMANIA PODRIAN DARLE AL REICH EL COMBUSTIBLE DE LA VICTORIA QUE ELLAS NECESITAN PARA SU DEFENSA NACIONAL.—AMERICA: ARBITRO.— COMO PRODUCTORA DEL 77 POR CIENTO DEL PETROLEO MUNDIAL PODRIA PARALIZAR LA GUERRA Y DICTAR LA PAZ.

TODO en este tumultuoso mundo que habitamos se mueve hoy por electricidad o con petróleo. El petróleo es, cabalmente, como decía Clemenceau, más importante que la sangre en las guerras. Los transportes modernos, las armadas, los aviones, los tanques, las industrias, la mitad de la marina mercante de la tierra, se mueven con petróleo. Este líquido impera en el aire, en el mar y en la tierra; es una fuerza internacional más poderosa que la democracia, el fascismo y el comunismo.

ESTADOS UNIDOS, INGLATERRA Y RUSIA MONOPOLIZAN EL PETROLEO

El problema del petróleo era, en tiempos de paz, una de las preocupaciones principales de las naciones europeas; hoy es la más importante. En vuelta de 16 años, las reservas del petróleo internacional, calculadas en 24.000.000.000 de barriles, habrán sido agotadas a razón de 1.500.000.000 de barriles anuales. Naturalmente, los países industriales tratan de asegurarse fuentes de abastecimiento para el presente y el futuro.

Estados Unidos, Rusia e Inglaterra rivalizan intensamente en la lucha por dominar la provisión petrolera, a través de la Standard Oil Company, la Royal Dutch-Shell Company, la Anglo-Iranian Oil Company y el Monopolio del Estado Soviet.

El sindicato Rockefeller-Teagle en América, y la combinación inglesa de Sir Henri Deterding, son las cabezas invisibles de la Internacional del Petróleo, en la que tan interesada ha estado en los últimos años la Internacional Comunista de Moscú. Deterding, de quien Lord Fisher afirma que posee la audacia de Napoleón y la eficiencia de Cromwell, ha logrado romper el monopolio norteamericano de los Rockefeller con el respaldo financiero de los millones de Rothschilds.

Para darle a la lucha un carácter más imponente Winston Churchill metió al gobierno inglés en el negocio de comprar acciones de la Anglo-Persian Oil Company. Cuando Francia le disputaba a Inglaterra la producción de Mesopotamia, se creó el estado independiente de Iraq, que comprende la región de Mosul, y se dividió el petróleo de este territorio entre Londres, Washington y París.

HITLER TIENE GASOLINA, PERO LE FALTA MAS

Si Alemania ha de ganar la presente guerra, tendrá que ganarlo con petróleo. En 1938 se calcula Alemania produjo 1.935.000 toneladas métricas de gasolina y otros combustibles de petróleo, y consumió 3.154.000. El mismo año produjo solamente 2.355.000 toneladas métricas de aceites minerales o sea el 35 por ciento del consumo nacional, que pasó de 6.627.000 toneladas.

Las importaciones alemanas de estos productos, que casi representan las dos terceras partes del consumo, se dividieron en 1938 en la siguiente forma: aceite crudo, 778.000 toneladas; gasolina, un millón 357.000 toneladas; aceite combustible, dos millones 394.000 toneladas. En los últimos años el Reich ha perfeccionado el método de hidrogenación para fabricar gasolina de carbón mineral. En época reciente podía producir 30.000 barriles diarios de gasolina para la aviación, y según los planes de Goering para el 1941 deberá estar produciendo unos 71.000.

En 1937 el 55 por ciento del consumo de gasolina en Alemania era de este producto sintético y probablemente en 1938 la proporción artificial llegó al 70 por ciento. El costo de producción es de unos 14 centavos el galón. Por esta razón, durante los primeros seis meses de la guerra, es posible que el Reich esté mejor aprovisionado de petróleo que los Aliados, pero después la situación variará notablemente, pues para sostenerse frente al bloqueo naval y en una guerra mecanizada, se calcula que necesitaría de 12 a 20.000.000 de barriles anuales.

RUSIA CONSUME CASI TODO SU PETROLEO

En 1938 el mundo entero produjo 271.000.000 de toneladas métricas de petróleo. Más del 60 por 100 de esta cantidad se obtiene de los Estados Unidos. Le sigue Rusia con el 10.8 por ciento; Venezuela con el 10.7 por ciento; Persia con el 3.6 por ciento; las Indias Holandesas con el 2.6 por ciento; Rumania con el 2.4 por ciento; México con el 1.7 por ciento; el estado de Iraq con el 1.5 por ciento y Colombia con el 1 por ciento.

El pequeño margen de estos países productores salta a la vista si observamos que el consumo anual de los Estados Unidos es el 60 por ciento de la

producción mundial. Rusia consume el 8 por ciento; Inglaterra el 5 por ciento; Francia el 2.8 por ciento; Alemania el 2 por ciento; Italia y Japón menos. En cuanto a gasolina para aviones, las existencias de este producto de alta calidad son muy bajas en todas partes, y nada de extraño sería que la escasez de este combustible influya decisivamente en las restricciones de la guerra aérea.

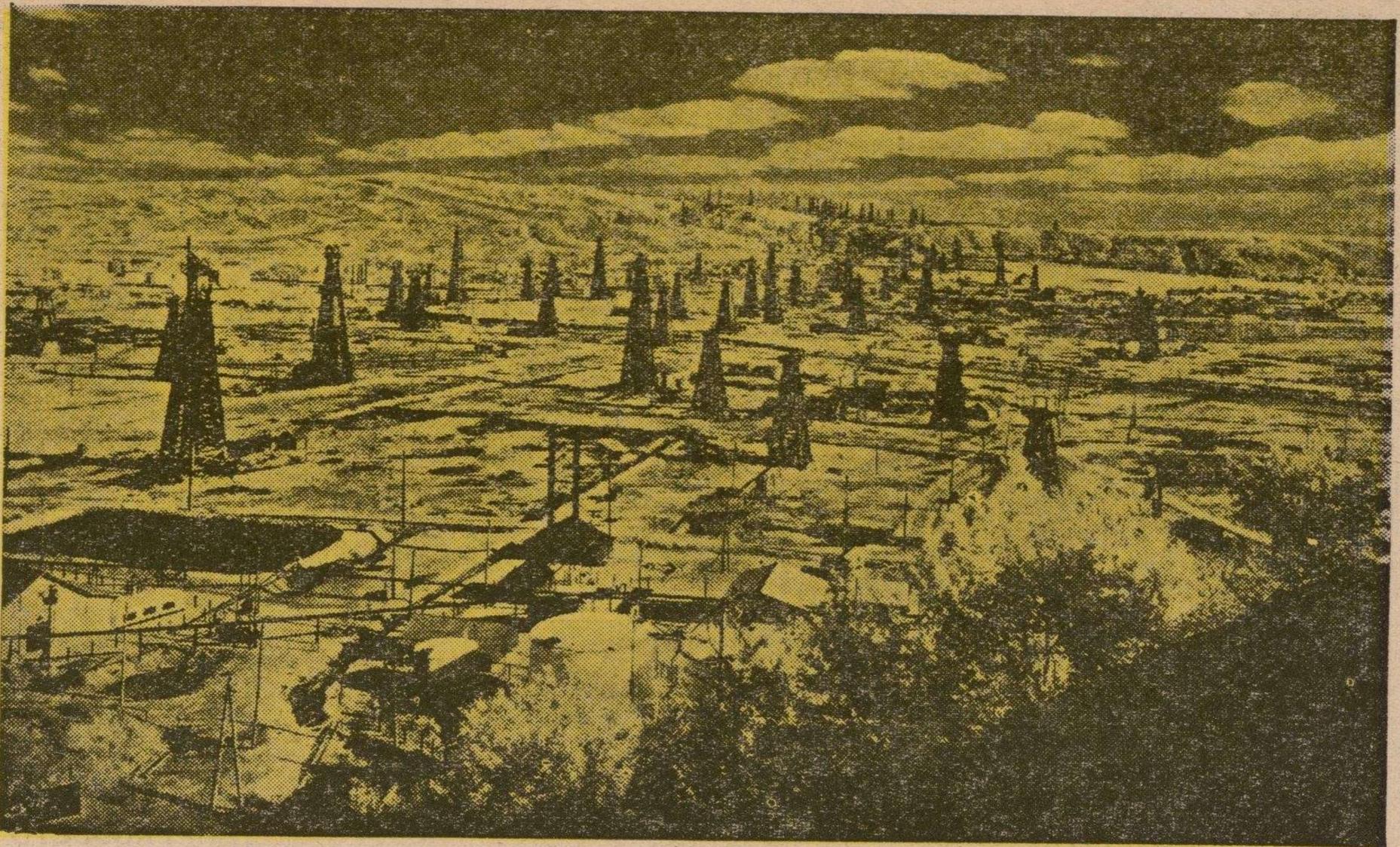
Rusia no está en condiciones de abastecer petróleo en grandes cantidades al Reich alemán. Los 30.000.000 de barriles de gasolina que refina anualmente trabajando sus plantas a capacidad y sin esperanzas de aumentarlas en caso de emergencia, sólo le dan para mantener funcionando sus industrias y su agricultura mecanizada, y atender a los requisitos de la movilización en masa de su enorme ejército.

Este ejército, el más mecanizado del mundo, y las industrias de guerra que lo sostienen, se mueven a base de petróleo. No podría Rusia destinar sus reservas de combustible al sostenimiento de una larga campaña militar alemana en Europa sin provocar el colapso de su vasto establecimiento industrial, porque como bien ha señalado el General Eimannsberger, «en el país que hace una guerra moderna debe influir constantemente un río de petróleo».

EL SOVIET Y RUMANIA INSUFICIENTES PARA EL REICH

Es bueno señalar el hecho de que las exportaciones de petróleo ruso, que en 1932 alcanzaron a 6.001.000 de toneladas, en 1935 bajaron a 3.281.000 toneladas. Suponiendo que el Reich tomara todas las exportaciones del Soviet y las 6.600.000 toneladas que produce anualmente Rumania, todavía eso no sería suficiente para llenar el cupo de los requisitos nacionales en caso de guerra, aparte de que ello privaría a Italia de dos de sus mejores fuentes de importación. En 1934 Italia compró en Rusia 873.000 toneladas de petróleo y otra cantidad considerable en Rumania. Ese mismo año, Francia importó del Soviet 700.000 toneladas para su flota y España recibió 500.000 toneladas.

Si exceptuamos a Rusia, Francia es la nación europea que más existencias de petróleo tiene acumuladas. Las leyes nacionales exigen a los tra-



El importante campo petrolero de Boicoiu, en el valle de Prahova (Rumanía), situado en los Cárpatos, entre Bucarest y Brashov, es un motivo de los que principalmente, pueden llevar la guerra a estas regiones.

ficantes del ramo que mantenga existencias para cuatro meses de consumo. En junio de 1938, las cantidades disponibles eran las siguientes: Rusia, 72.928.000 barriles; Francia, 22.134.000; Alemania 10.917.000; Rumanía, 9.202.000; Italia, 6.408.000; Hungría, 1.368.000; Austria, 929.000; Suiza, 432.000. El año anterior Suecia y Holanda tenían en reserva 900.000 y 3.492.000 barriles respectivamente.

Ejemplo clásico de lo que puede sucederle a un país sin combustible lo tuvimos con ocasión de la amenaza de sanciones contra Italia durante la invasión de Abisinia. De acuerdo con un cálculo inglés de entonces, Italia importaba su petróleo en las siguientes proporciones: de Rumanía, el 34.6 por ciento; del Soviet, el 22.1 por ciento; de Irán el 12.1 por ciento; de las colonias holandesas, el 10.5 por ciento; de Estados Unidos, el 10.3 por ciento; de Francia, el 4 por ciento; de Colombia, el 3.5 por ciento; de Venezuela, el 1.7 por ciento; de otros países, el 1.2 por ciento. Cualquier bloqueo naval que interrumpa la provisión de petróleo a Italia, paralizaría a esta nación en corto plazo.

INGLATERRA TAMPOCO TIENE PETROLEO

Es evidente que las naciones Aliadas no están en mejores condiciones que las totalitarias. En 1938, Inglaterra importó 12.048.000 toneladas métricas de petróleo; Francia, 8.076.000. El consumo de Inglaterra en tiempos de paz es 1.300.000.000 de galones. Quizás podría producir una décima parte de carbón mineral y recibiría unos 71.000.000 de galones de sus colonias. El resto tendría que importarlo de Iraq, Persia, las Indias Holandesas orientales y Venezuela.

La provisión de Iraq la perdería por completo caso de un conflicto armado en el Mediterráneo. La de Irán y las islas Bahrein tendría que transportarla por la vía del Cabo de Buena Esperanza. Le quedarían, pues, como últimas fuentes de abastecimiento los Estados Unidos y Venezuela.

De estos dos países esperan los Aliados obtener el petróleo para ganar la guerra. La resistencia alemana, que tal vez podría prolongarse algo gracias a la gasolina sintética, encontrará, sin em-

bargo, un grave escollo en la escasez de lubricantes (que son tan importantes como el combustible), pues los peritos del Reich todavía no han logrado fabricar lubricantes del carbón.

LA INTERVENCION NORTEAMERICANA

Una sola nación de Sud América, Venezuela, ocupa el tercer lugar en el mundo como productora de petróleo, superada únicamente por los Estados Unidos y por Rusia. El Soviet, sin embargo, le lleva escasamente una décima del uno por ciento de ventaja, y con muy poco esfuerzo quedaría relegado a una posición inferior por Venezuela, que en 1937 produjo 186.800.000 de barriles contra 199 millones 200.000 Rusia. Esa diferencia de catorce millones de barriles representa nada más que la sexta parte de lo que produjo en aquel año el campo petrolero de Lagunillas en la Holla de Maracaibo, de donde se extrae el 45.9 por ciento de la producción nacional.

AMERICA PRODUCE EL 77x100 DE PETROLEO

Más impresionante sería presentar estas cifras en una comparación de elementos estratégicos esenciales en la guerra. Como productora de petróleo, Venezuela ocupa el mismo lugar que Alemania como productora de carbón, y este es uno de los principales puntales en que descansa la economía industrial del Reich, como lo demuestra el hecho de que en 1937, estaba produciendo con su carbón, por el método de la hidrogenación, más del 55 por ciento del consumo nacional de gasolina.

Estos datos preliminares, sin embargo, no dan siquiera una idea de la absoluta preponderancia de América en la llamada economía de la guerra. El Hemisferio Occidental produjo en 1937, la apabullante cantidad de 1.582.043.000 de barriles de petróleo, o sea más del 77 por ciento de la producción mundial. De esta cantidad, 63 por ciento correspondió a Estados Unidos, y 14 por ciento a la América Latina.

Las naciones americanas, pues, con los Estados Unidos a la cabeza, podrían paralizar al mundo realizando una sencilla gestión pacífica: poniendo en vigor un sistema de sanciones petroleras contra

las naciones beligerantes. En pocos meses resultarían inútiles las flotas aéreas, las armadas, y quedarían inmovilizadas las industrias europeas. El único ejército que contaría con suficiente combustible para mover sus tanques y equipos motorizados sería el ruso.

El ejército de Rumanía tendría que moverse rápidamente para proteger las riquezas petrolíferas de la nación que constituirían entonces un botín de material estratégico mucho más vital para Alemania que lo que lo son hoy.

HISPANOAMERICA PRODUCE MAS PETROLEO DEL QUE NECESITA

Lo que hace más importante la industria del petróleo de la América Latina es que casi todo el crudo que producen estos países se destina a la exportación. Venezuela, por ejemplo, produce 500 mil barriles diarios y sólo consume 10.000. Si se quedara sin petróleo, continuaría existiendo, a diferencia de los Estados Unidos, donde la suspensión de la producción causaría a los dos meses una catástrofe general.

El petróleo lo utiliza la América Latina para procurarse canje extranjero. Es verdad que provee el 49 por ciento de la energía motriz de sus industrias, pero en cualquier momento esta función puede realizarla Hispano América con sus extensas fuentes hidroeléctricas y sus ilimitadas bastimentos de carbón.

Hasta 1937 los países sudamericanos que producían petróleo en escala comercial eran: Venezuela, 185.701.000 de barriles; México, 46.907.000; Colombia, 20.293.000; Perú, 17.467.000; Argentina, 16 millones 236.000; Ecuador, 2.161.000. En los últimos dos años la industria ha adquirido auge en Bolivia y se espera que después de la nacionalización reciente llegue a desarrollarse hasta un nivel máximo.

Los yacimientos petrolíferos de Venezuela han rendido desde 1921 un total de 1.500.000.000 de barriles. Este producto constituye entre el 80 y el 90 por ciento de las exportaciones nacionales, provee trabajo para 20.000 personas y le deja al país, se-

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

1. ¿QUIÉN FUÉ EL
**DR. JOSEPH
GOLDBERGER?**



2. ¿QUÉ ES
LA CUCHARA
MEDICINAL
DE SUMATRA?



3. ¿DEBE
TOMARSE
LECHE
DESPUES
DE CADA
COPA DE
LICOR?



1.—Un miembro del servicio de Salubridad Pública de los Estados Unidos. Se dedicó a combatir la enfermedad llamada «pelagra» recomendando una dieta apropiada.

2.—Los nativos de Sumatra creen que poseyendo una «cuchara medicinal», que tiene una largura de un metro, gozarán de buena salud. El regalo más preciado que se les puede hacer consiste en una de esas cucharas mágicas.

3.—De acuerdo con el doctor Norman Jolliffe, profesor de medicina clínica de la Universidad de Nueva York, la leche demora la absorción del alcohol dando otros fluidos, calorías, vitaminas y sales. Tomando ocho onzas de leche por cada una y media de alcohol, los efectos de éste, según dice, desaparecen.

Las mujeres rara vez creen a sus maridos excepto cuando éstos hablan en el sueño.

o o o

Nunca insistas en aconsejar a la gente cuya amistad te interesa.

o o o

Las mujeres son naturalmente tontas porque fueron hechas a semejanza del hombre.

o o o

La fortuna ya no golpea a la puerta de nadie; hay que tener un timbre eléctrico y muy alerta.

o o o

El hombre propone y los herederos disponen.

o o o

El hecho de que una mujer use vestidos extravagantes no significa que su marido sea ciego, es que está sometido.

o o o

—¿Y cree, usted Aurelia, como dicen los médicos, que sea peligroso besarse?

—No lo sé... por que yo jamás...

—Jamás ha besado a nadie!

—No... quiero decir que nunca me he enfermado por eso.—(Judge).

o o o

Hay hombres que no vivirían muy largo si tuvieran que trabajar para ganarse la vida.

o o o

El solterón es como unas tijeras con una sola hoja.

o o o

Hay gentes cuya conversación sólo puede mejorar con el silencio.

o o o

Los hombres perezosos sólo son para la numadidad muertos que no han sido sepultados.

o o o

Muchas mujeres bajan a la tumba recordando a la amiga que les hizo el más insignificante regalo de bodas.

MUY BREVES

Se pelean las gentes que no saben discutir.

o o o

Ególata es el hombre que cree que está en la mejor de las compañías cuando está solo.

o o o

Cuidate de la mujer de figura estatuaria; lo probable es que encuentres cuando es tarde que el corazón es de mármol.

Respetable es la fe pero la duda es lo que hace a uno aprender.

o o o

Los primeros pasos hacia un divorcio se dan con frecuencia bailando.

o o o

Siempre es interesante la mujer que tiene un secreto dolor, hasta que empieza a contarlo.

o o o

¿Por qué será que los grandes hombres siempre toman en serio a las mujeres insignificantes?

gún cálculos hechos por el presidente de la República en 1937, una ganancia de 21 por ciento de su valor en forma de impuestos y salarios.

ESTADOS UNIDOS E INGLATERRA: DUEÑOS DEL PETROLEO

La Hoya de Maracaibo nada más produce el 77 por ciento del petróleo venezolano, pero no es sino una extensión superficial de la riqueza que hay escondida en el subsuelo, a pesar de haber rendido en 16 años 1.435.000.000 de barriles. Esta región sólo comprende 15.600 millas cuadradas de la zona del norte del río Orinoco, donde todavía quedan otras 19.400 millas cuadradas de potencialidad petrolífera. Con la explotación de estas reservas el país duplicaría fácilmente su producción total y se colocaría a la cabeza de todas las naciones petrolíferas, excepto Estados Unidos, con un abastecimiento dos veces mayor que el de Rusia.

El petróleo venezolano lo controlan Estados Unidos y la Gran Bretaña, en proporciones de 62.6 por ciento y 37.4 por ciento, respectivamente, principalmente a través de la Standard Oil Company, la Gulf Oil y la Royal Dutch-Shell. Estados Unidos ha invertido en la industria 204.000.000 de dólares, o sea, más del doble de lo que el gobierno Mexicano calcula que el Tío Sam había invertido en dicho país en el mismo ramo hasta fines de 1934.

MEXICO Y COLOMBIA: 67 MILLONES DE BARRILES

A diferencia de México, que exporta el producto ya refinado y abastece de gasolina y demás derivados al mercado nacional, Venezuela exporta casi todo su petróleo crudo. En ambos países los Estados Unidos han fomentado el negocio básico de sus inversiones petrolíferas latinas, que montaban en 1936 a 452.561.000 o casi igual al total de las que en este ramo tiene dicha república en el resto del mundo.

La industria petrolera de México ha sufrido un señalado descenso en los últimos 15 años. En 1921, la época de mayor auge, produjo 193.397.587 de barriles, o sea el 25 por ciento del volumen mun-

dial, ocupando el segundo lugar en el mercado internacional.

En 1937 sólo produjo 46.906.650 de barriles, alrededor del seis por ciento del total mundial. Aún así abasteció el mercado interno de derivados y con el resto hizo el 17 por ciento de las exportaciones nacionales. Quince años antes exportaba el 99 por ciento del crudo, principalmente a Estados Unidos y Alemania. Toda la industria petrolera mexicana estaba igualmente dividida entre corporaciones norteamericanas y anglo-holandesas.

Colombia es la tercera productora latinoamericana de petróleo, con un volumen anual que es como la mitad del de México y que en 1937 se elevó a 20 millones de barriles. La explotación petrolera comercial de Colombia empezó, como la de Venezuela, en 1921, y desde entonces ha rendido 200.000.000 de barriles de petróleo y gasolina natural. El gobierno participa de regalías del 2 al 11 por ciento en la explotación de las zonas de su propiedad y del 1-2 al 7 por ciento en las zonas privadas.

RESERVAS EN COLOMBIA Y EL PERU

Las dos zonas petrolíferas explotadas hasta ahora en grande escala en Colombia son la de la Tropical Oil Company, de 500.000 hectáreas, en la orilla oriental del río Magdalena, a unos 525 kilómetros de la costa, y la Concesión Barco, que comprende la mitad de un territorio de 400.000 hectáreas en el estado de Santander del Norte, entre la cordillera andina y la frontera venezolana.

El año pasado la compañía Texas-Socony-Vacuum sacaba 20.000 barriles diarios de esta última concesión. Cuando la producción pase de 21.000 barriles tendrá que construir un oleoducto que atravesará los Andes a más de 5.000 pies de altura y llevará el «líquido negro» al puerto de Coveñas al sur de Cartagena.

En 1937 Colombia era la novena productora de petróleo; este año su producción puede superar a la de entonces. Exporta el 90 por ciento de su rendimiento, pues el 95 por ciento de los derivados consumidos en el país son abastecidos por la refinería nacional de Barrancabermeja.

Perú fué el primer país latinoamericano que produjo petróleo en escala comercial, en el año 1880. En 1936 alcanzó una producción máxima de 17.600.000 barriles de crudo, o sea el 1 por ciento de la producción mundial. El petróleo representa el 36 por ciento de las exportaciones del Perú y contribuye con un 18 por ciento al total de los ingresos nacionales. Hay invertidos en esta industria allí 95.000.000 de dólares.

La explotación activa se hace en las zonas de Zorritos-Lobitos y Negritos. La zona del Lago Titicaca, inactiva, entre Puno y el Río Ramis, mide 50 kilómetros de largo por 10 de ancho, y tiene una zona de reservas de 120.000 hectáreas de terrenos petrolíferos. Las arenas petrolíferas de Negritos se calcula tienen reservas totales de 1.200 millones de barriles; las de Lobitos 75.000.000. El 80 por ciento de la producción nacional está dominado por una subsidiaria de la Standard Oil Company.

ARGENTINA PRODUCE 2-3 DEL CONSUMO NACIONAL

La industria petrolera argentina, controlada parcialmente desde sus comienzos en 1907 por el gobierno, ocupó en 1937 el quinto lugar entre las productoras internacionales, alcanzando un total en ese año de 16.350.000 de barriles. Una de sus cuatro regiones petrolíferas, la de Chubot o yacimientos de Comodoro Rivadavia, rinde el 82 por ciento de la producción nacional. Las otras zonas son: Salta, que da a la frontera boliviana; Mendoza, cerca de la cordillera andina; y Neuquén, al sur de Mendoza. En 1937 la Oficina de Yacimientos Petrolíferos Fiscales de la producción, que es el instrumento del monopolio gubernamental del mercado de combustibles, controlaba el 49 por ciento. Argentina no es exportadora, pues lo que produce apenas le cubre las dos terceras partes del consumo nacional de petróleo y sus derivados.

Ecuador produjo en 1937 un total de 2.161.443 barriles, de los cuales exportó 1.774.000 barriles, principalmente al Uruguay, Francia, Brasil y el Japón. El petróleo representa el 13 por ciento de las exportaciones nacionales.

La costa Azul ante la Guerra

por Renato Villaverde



Pasará mucho tiempo antes de que pueda volverse a contemplar este espectáculo en las playas de la Costa Azul.

Estaciones de placer que se anemizan.—La muerte del vals en la Viena romántica y el desmoronamiento del Salzburgo musical.—En fuga la alegría de la Riviera.—Playas, casinos, teatros y hoteles cambian su ritmo después del ultimatum.—¿Cuándo volverá a hallar la Costa Azul su fácil vida de siempre?

CON la invasión de Polonia por las tropas del Reich y la casi simultánea declaración de guerra de Francia e Inglaterra a Alemania, las últimas esperanzas de los pacifistas, quebrando sus hilos de seda, han rodado sobre el polvo del camino. La guerra, con toda su horrible secuela de interrogaciones previsibles, vuelve a extender sus tentáculos de pulpo. Europa reza mientras desenfunda sus espadas. Una serie de reivindicaciones complejas, que no lograron poner de acuerdo a los estadistas, van a discutirse sobre el campo de batalla. La fuerza del derecho, una vez más en la historia de Europa, deja paso al derecho de la fuerza.

En tanto, mientras los crueles acontecimientos se suceden, la alegría emigra de sus reductos de siempre. Francia era casi la única, y especialmente la Costa Azul, donde todavía se vivían tiempos felices. Viena, la más descocada de las ciudades del Viejo Mundo, después del Tratado de Versalles perdió el ochenta por ciento de sus atractivos. Con el veinte restante iba vegetando. Su célebre Ring, no lograba disfrazar los estragos de su alegría en fuga. Las aguas oscuras de su «azul Danubio» se veían más cetrinas que siempre. Después, la «anschluss» de marzo de 1938, dió el golpe de gracia a su pasado vistoso. El eco de los violines vieneses se confundía con el redoble marcial de los tambores militares. Fué el momento en que las zapatas de baile se trocaron por las botas claveteadas de la soldadesca. Un nuevo destino de biza-

rias enérgicas se dictaba en la Viena plena de aleluyas. ¿A dónde fueron las melodías de sus canciones, el embrujamiento de sus «czardas», la voz cautivadora de sus «tziganes», las últimas parábolas de sus vales enternecedores? Quizás arrastradas por la corriente pausada y filosófica de ese famoso Danubio que, en el colmo de su tristeza infinita, sigue deslizándose bajo los puentes vieneses por su cauce inmutable convertido en mortaja.

Salzburgo, la meca de la música en Europa, también enmudeció desde hace casi dos años. Toscanini dejó de esgrimir su batuta en sus célebres festivales. La peregrinación de elegancia que allí se daba cita, no volvió a concurrir a la nueva ciudad alemana. La patria de Mozart tornó a su recogimiento de antaño. Salzburgo, quizás la estación europea de más auge en los últimos años, de la noche a la mañana, se convirtió en un campamento. Fué otra vez el desconocido villorrio por donde correteara el autor de «Don Juan» en las primeras ocasiones en que se inclinó sobre el pentágono.

La Costa Azul ha seguido siendo el recodo donde se sumergen los despreocupados de la tierra, a pesar de las crisis bélicas y económicas que vienen azotando al mundo desde los últimos tiempos. Pero su postrera carcajada se heló en su garganta de sirena el primero de septiembre de este año. Los cascabeles de su vida sinfónica han enmudecido para observar y prepararse a sufrir los estragos que causarán los corceles de los señores del Apocalipsis

La Costa Azul, hasta el último minuto, ha sido la divina cinta de optimismo que comienza en Menton y comprende a Mónaco, Monte Carlo, Niza, Cannes, Juan les Pins, Saint Raphael, etc. Hasta ayer era el único punto a donde convergían los pocos potentados y los pocos «snobs» que pueblan el planeta. Los que todavía se permiten el lujo de padecer de neurastenia—esa simpática dolencia privativa de la gente rica—en la Costa Azul hallaban el sosiego o las distracciones que necesitaban sus atormentados y distendidos nervios.

Actualmente la Riviera se va convirtiendo en una colmena en dispersión. Sus hoteles, sus teatros, sus bares y sus casinos cierran las puertas. Los magnates enriquecidos y abaciales, con el monóculo en banderola, hacen a escape sus maletas de piel de antilope. Tratan de cruzar los Pirineos, de refugiarse en Portugal, hasta hallar un barco que, sorteando los peligros submarinos, los lleve a la dorada América del Norte que severamente contempla el problema europeo bajo la sombra de sus rasca-cielos. Otros, a través de los Alpes, se filtran en la aparente calma de la sosegada Suiza. Las damas, llenas de joyas y de arrugas, pretenden acaparar los últimos «stocks» de los productos de Elisabeth Arden, mientras apresuradamente despiden a sus «gigolos». Las pecadoras retornan a París, maldiciendo a Hitler y haciendo planes para continuar su oficio de permutar caricias por diamantes en las noches plenamente oscuras del París en guerra.

¿Qué será de la Costa Azul en estas decenas de meses que se avecinan? Las sedas se escabullen para dejar paso a los uniformes. Las sonrisas se esfuman para plantar sobre los labios el rictus de las preocupaciones. Sobre los verdes tapetes del Casino de Monte Carlo se extenderán, en lugar de las multicolores fichas plenas de agonías y de esperanzas, los mapas de la ardiente Europa, con sus paralelos y sus meridianos, como una inmensa tela de araña que aprisiona a la humanidad. Las voces gangosas de los «croupiers» se verán sustituidas por las enérgicas órdenes militares. La Promenade des Anglais, con el eco aun de sus últimos Carnavales y de sus últimas Batallas de Flores, verán hollados el esfalto soleado de la amplia Avenida por los ejércitos en plan de batalla y los imponentes tanques de acero, prestos a vomitar exterminio desde sus vientres mortíferos.

Los establos y el verde césped del Hipódromo du Var, desalojarán a los aristocráticos «pur-sang» para dar asilo a los vigorosos caballos normandos que irán a los frentes de guerra para morir en ellos.

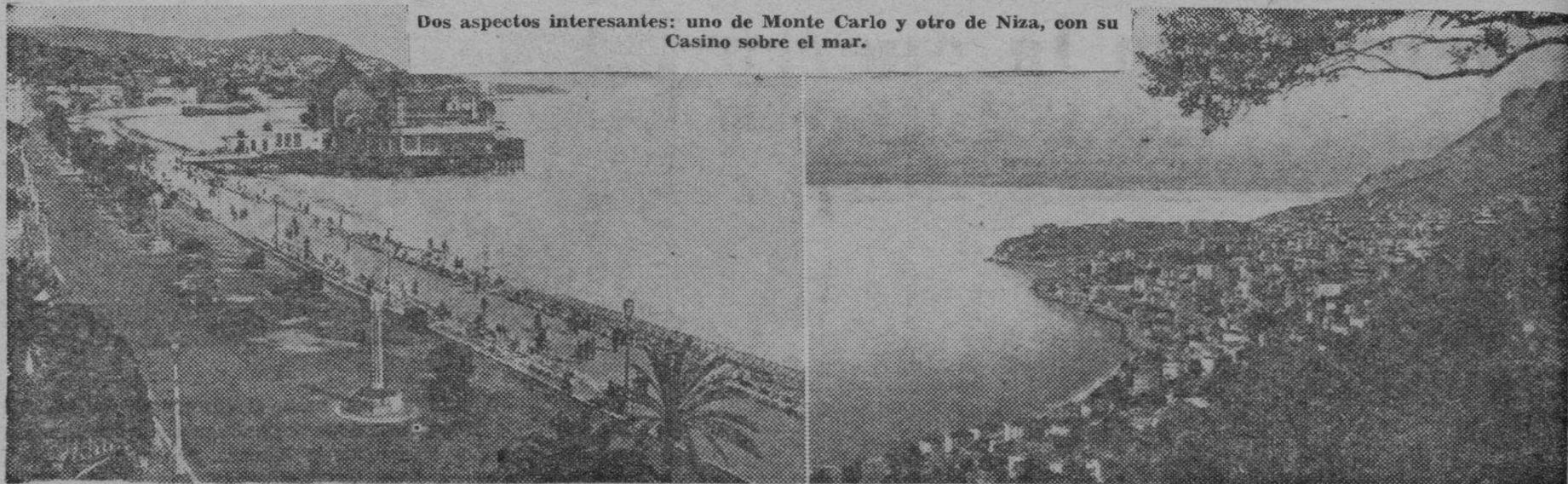
Los grandes hoteles, casinos y teatros de la Riviera, serán acondicionados para hospitales de sangre.

En los bares donde se vendían toda clase de cocteles, se expedirá la alquimia enervante de la terapéutica.

Las mujeres vestidas a la moda, con sus cinturas cimbreantes, serán enfermeras rígidas bajo sus trajes blancos, sus sonrisas compasivas y sus cofias impolutas.

Los petimetres engomados desaparecerán. Los alfileres de corbata se cambiarán por insignias militares. Los rostros latinos y trigüeños de los rumanos; las rubias cabezas de los suecos; los semblantes pálidos de los rusos blancos que tratan de ocultar su pobreza y su melancolía tras una mustia sonrisa que pretende revivir la de sus doradas épocas de San Petersburgo; las mejillas colo-

Dos aspectos interesantes: uno de Monte Carlo y otro de Niza, con su Casino sobre el mar.



radotas de los ingleses sumergidos en whisky; los fogosos ojos oscuros de los conquistadores muchachotes de Sur América... en fin, toda esa gama kaleidoscópica plena de vida, que daba una «cachet» tan única a los días hiperestésicos de la Costa Azul, se verá trocada, en los tiempos por venir de la actual guerra, por el rítmico desfile del soldado francés, lleno de responsabilidades, cantando a pulmón pleno La Marsellesa y dispuesto a defender hasta el último momento la antigua oriflama gala trocada en la gallarda bandera tricolor...

La metamorfosis de la Costa Azul será completa. En las famosas arenas de sus playas el cambio resultará radicalmente triste. Ya no se levantarán las tiendas policromas, diseminadas sobre la superficie de oro, entonando un canto a la vida. Los ingenuos castillos de arena fabricados por la fantasía de los niños no desafiarán el beso de las olas. La esbeltez de las mujeres, aprisionadas en los minúsculos y tentadores trajes de bajo, no reposará bajo los quitasoles ni se dejará admirar en el estaticismo de las sillas de extensión. Los hombres despreocupados y atléticos no mostrarán sus bíceps y sus tórax a las pupilas codiciosas de las damas. Las aguas azules del mar no se verán pletóricas, en sensación de gigantesco estanque, de embarcaciones gráciles y aladas, de velas blancas hinchadas como senos, de canoas y botes tripulados por juventudes entusiastas, de bañistas alegres jugueteando en la onda y trenzando dúos de amor entre la espuma....

En los próximos meses la Costa Azul no ofrecerá este espectáculo de ensueño. En sus arenas se emplazarán cañones de largo alcance que enfocarán el horizonte y cañones anti-aéreos, siempre alertas, que escrutarán el espacio. En el nervioso «mare-nostrum» los acorazados, los cruceros, los destroyers y los submarinos perfilarán sobre las olas sus flancos grisáceos sustituyendo a los yates de placer. En lugar de las habituales carcajadas de los veraneantes e invernantes de la Costa Azul, el espacio se llenará con el eco de los monstruosos cañonazos y el sonar de los marciales clarines....

La guerra, con todas sus derivaciones de consecuencias terribles, llama a las puertas de la Riviera. La vida amable se retira del último y más alegre bastión de Europa. Ha comenzado la tragedia y su duración es imprevisible. Las playas cascabeleras de la Francia mediterránea, pierden su futilidad para trocarse en valientes defensores de la patria amenazada. ¿Cuándo recuperará la Costa Azul su sonrisa de siempre? ¿Pronto? ¿Tarde? ¿Quién lo sabe!.

MUY BREVES

OTRA

Un soldado cojo, con un brazo en cabestrillo, la cabeza vendada, el uniforme hecho un harapo, y con un solo zapato, pasa por el patio de un hospital murmurando: «Amo a mi país, pelearé por mi país, moriré por mi país, pero si esta maldita guerra termina alguna vez no amaré nunca más a ningún otro país».

Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL.

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL
A BASE DE ANTISEPTICOS COMPUESTOS
Preparada según las formulas del Doctor DESPAUT
Casa L. FRERE - 19, Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
fabricada en Habana: Cuba Apartado 2143
y en Mexico: FILS & CIA S.A. de C.V. La Cosa L. FRERE

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

¿Demuestra la guerra que ANTHONY EDEN comprendió las DICTADURAS?

SU NEGATIVA A APACIGUAR A MUSSOLINI LO HIZO SALIR DEL GABINETE A QUE AHORA HA RETORNADO CON LA CARETA CONTRA LOS GASES ASFIXIAN- TES AL HOMBRO.—CUANDO EDEN SE OLVIDO DE LA FLEMA BRITANICA.—UN DISCURSO RADIADO DEL MINISTRO DE LOS DOMINIOS, CON EL QUE SE HA EN- SAÑADO LA PROPAGANDA ALEMANA.



LA guerra se ha evitado y el mundo debe sentirse agradecido de ello; pero debe recordarse que no se ha evitado a nuestro costo o al de cualquier otra gran potencia, sino al de una pequeña nación amiga. A Checoslovaquia no se la oyó, ni siquiera en su propia defensa... Pocos puede haber de nosotros que, cualquiera que sea nuestro sentimiento de alivio, no pase también por un sentimiento de humillación ante lo ocurrido en Munich».

Este párrafo de un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes por Anthony Eden, cuando el humo de la explosión de Munich no se había disipado del todo, prueba hasta la saciedad la naturaleza idealista del nuevo ministro de los Dominios Británicos. Mr. Chamberlain, al escuchar a su antiguo ministro de Relaciones Exteriores dibujó en su rostro una sonrisa que parecía querer decir: «Ya verás, cuando tengas más años, cómo aprendes a distinguir entre los intereses de otras naciones y los de la vieja, grande, invencible Inglaterra».

Ya en otra ocasión Eden había demostrado en el Parlamento que la flemma británica no se manifestaba en él franca y por entero. Ello ocurrió cuando el 18 de noviembre de 1936 Alemania e Italia, actuando al unísono, reconocieron al gobierno del general Franco como el verdadero gobierno de España. Willie Gallacher, el único miembro comunista en la Cámara de los Comunes, interpelló al Gobierno: «¿Se propone el gobierno de Su Majestad recibir esta nueva agresión con su repetida política de... no hacer nada?».

Sonaron carcajadas explosivas mientras Eden, rojo de rabia y dando palmadas sobre la mesa, contestaba agresivo:

«En lo que respecta a romper las promesas de la no intervención, deseo manifestar categóricamente que hay otros gobiernos a quienes se debe acusar con más justicia que a Alemania y a Italia».

La alusión hacia Rusia era clara. Los laboristas exclamaron: «Shame!» (Vergüenza). Y un sentimiento de hostilidad hacia el joven ministro sacudió la Cámara.

Por primera vez Eden había olvidado los tres años de enseñanzas por que había pasado bajo la égida paternal del monóculo de Sir Austen Chamberlain, el hermano mayor del Primer Ministro. Y su exabrupto, que las agencias de noticias trasladaron a todo el mundo, tuvo repercusiones en Moscú, hacia donde el señor Litvinoff, encargado de la política exterior del Kremlin, tuvo necesidad de explicar toda suerte de explicaciones.

Poco tiempo después, cuando Chamberlain trató de ganar a Mussolini para la causa de Inglaterra apelando a los viejos métodos de la diplomacia inglesa, Anthony Eden hizo pública desaprobación de los esfuerzos del Primer Ministro, enfrentándo-

LOS MIEMBROS DEL GABINETE DE GUERRA SALEN DE UNO DE SUS CONSEJOS.—Lord Chatfield, a la izquierda, ministro de Coordinación de la Defensa, y Anthony Eden, secretario de los Dominios, al salir de la casa marcada con el número 10 de Downing St. (residencia del Primer Ministro)

tras de haber celebrado consejo.

se con la opinión del Consejo que favorecía totalmente al jefe del gobierno. «A Mussolini y a Hitler —parece que había dicho Eden—no se les puede ganar con concesiones, por lo menos con las concesiones que la Gran Bretaña está dispuesta a hacer». Sir Neville terminó asegurando «que lamentaba más que nadie la irreductible actitud del colega». Y Eden abandonó el Gobierno.

Ahora, cuando Londres recibía con actitud resignada la realidad de la nueva guerra, sin que los aires marciales pusieran una nota bélica en los corazones de los ingleses, Anthony Eden ha vuelto a traspasar la puerta de la casa marcada con el número 10 de Downing Street, con su cartera de ministro en la mano y la mochila que guarda la careta contra los gases asfixiantes colgando del hombro. Su triunfo era un triunfo triste, un éxito al que el nuevo secretario de los Dominios hubiera renunciado alegremente. Cabe preguntar, sin embargo: ¿hubiera el punto de vista de Anthony

Eden, de haber triunfado, podido cambiar el panorama de Europa?

En su reciente discurso por radio, dedicado al refuerzo de la propaganda inglesa, Eden ha hablado de la decisión del gobierno inglés de acabar para siempre con el hitlerismo alemán y todo lo que representa. «No luchamos contra el pueblo alemán—ha dicho—, sino contra sus actuales jefes». Y a continuación soltó el siguiente párrafo: «Cinco veces en los últimos ochenta años los gobernantes de Alemania han incurrido con el menor pretexto en guerras de agresión. Contra la pacífica Dinamarca en 1864, contra Austria en 1866, contra Francia en 1870, contra el mundo entero de 1914 a 1918 y contra Francia, la Gran Bretaña y Polonia en 1939».

No se puede decir que al hacer una aseveración semejante, el joven ministro Eden haya tenido una expresión feliz. Porque en ese mismo tiempo, y de acuerdo con la propaganda alemana que tampoco se duerme en sus laureles, Inglaterra conquistó más pueblos y más territorios que cualquier otra nación del planeta.

EXACTITUD

En un cine norteamericano donde se exhibía la película «Margarita Gautier», había un cartel colgado a la entrada, que decía:

«Advertimos a nuestros amables clientes que es exactamente a las 12.57, a las 16.23 y a las 22.09 cuando Greta Garbo besa a Bob Taylor. Los domingos y días festivos el primer beso es a las 11 y 32 minutos.—La Empresa.—(Screen)

o o o

La rata tiene miedo al hombre, el hombre tiene miedo a la mujer y la mujer tiene miedo a la rata.

—)o(—

Hay mucha gente que cree en la suerte precisamente porque no la tienen.

—)o(—

El hombre que es demasiado pobre para prestar dinero a sus amigos tendrá pocos enemigos.

SIN IMPORTANCIA

Una americanita moderna hace elogios de su pretendiente:

—Su padre es ruso, su madre alemana, un abuelo francés, otro inglés, un tío griego y el otro español.

—¿Y qué idioma habla tu prometido?

—Casi ni me he dado cuenta, pero creo que es el esperanto.

—)o(—

Todos los hombres creen en el amor platónico... después de la muerte.

—)o(—

El matrimonio es una lotería, pero uno de los pocos juegos de azar que la Iglesia no condena.

—)o(—

Hay hombres que dicen que lo que son lo deben a sí mismos, pero la mayoría «culpan» a sus mujeres.

La locura del Marqués

Por G.K. CHESTERTON

EL resplandor del relámpago precisó por un momento todos los detalles del paisaje, desde el elegante desorden del picnic hasta el camino gris en cuyo extremo aguardaba un automóvil blanco. A lo lejos, un edificio melancólico flanqueado por cuatro torres, que en el crepúsculo era sólo un conjunto de paredes confusas, se destacó, en aquel instante, con toda la imponencia de sus puentes.

Para la mayor parte de las personas agrupadas al pie del árbol, aquella vieja morada había carecido hasta entonces de importancia. Pero la luz del relámpago presentaba la construcción bajo un aspecto nuevo y sorprendente. Esa misma luz vestía también con esplendor nacarado a una silueta humana, inmóvil como una torre. Era la de un hombre que, erguido en un montículo, dominaba a sus compañeros, sentados en la hierba o inclinados para recoger los cubiertos y las provisiones. Ese hombre vestía una capa antigua, prendida a la altura del pecho con un broche que, al apagarse el relámpago, siguió brillando con fulgor de estrella. Su rostro presentaba una especie de riqueza metálica, y aparecía coronado por una abundante cabellera color oro. Rostro hermoso, aunque un poco ajado y marchito. Acaso esta última impresión estuviera determinada por el abuso que Hugo Romaine hacía de los afeites; pues Hugo Romaine era el más grande actor teatral de su tiempo. Durante la breve duración del relámpago, su cabellera rubia, su rostro de marfil, el broche de plata, le dieron el aspecto de un caballero antiguo.

La inmovilidad estatuaria de ese hombre contrastaba con la nerviosidad de las personas que se hallaban junto a él. Todos los demás tuvieron un estremecimiento involuntario, cuando brilló el relámpago inesperado.

De pronto, oyóse el estampido del trueno. Hugo Romaine, sacudiendo su inmovilidad de estatua, dijo:

—Ha transcurrido apenas un minuto y medio entre el relámpago y el trueno. Eso significa que la lluvia se acerca. Un árbol como éste no ofrece refugio seguro contra el rayo, pero, por lo menos nos preservará de la lluvia. Creo que vamos a tener un verdadero diluvio.

El joven Mallow, dirigiéndose a la esposa de Outram, insinuó:

—¿No podríamos buscar un refugio más confortable?... Parece que allá hay un castillo.

—En efecto, hay un castillo —observó el general Outram—. Pero no es tan hospitalario como usted cree.

—¡Lastima —agregó la esposa tristemente— que la lluvia nos sorprenda donde no hay más casa



que esa.

Un matiz en la voz de la matrona, un ligero matiz, bastó para intrigar al joven Mallow, que inquirió:

—¿Puede reprochársele algo a esa casa? Tiene simplemente aspecto de un castillo antiguo.

—Ese castillo —contestó secamente el general Outram— pertenece al marqués del Marne.

—¿El marqués del Marne? —repitió Sir John Cockspur, propietario de cinco diarios—. He oído hablar de ese pajarraco, en efecto. El año pasado, precisamente, lo presenté a los lectores de mi diario «El Cometa», bajo el título de «El caballero a quien nadie conoce».

—Yo también oí hablar de él —agregó el joven Mallow con voz débil y tímida. Circulan al respecto las más extrañas historias. Nadie se explica su reclusión en el castillo. Algunos sostienen que es leproso y que lleva constantemente una careta.

—Yo conozco otra versión del misterio —dijo el actor Hugo Romaine—. Una vez cada trescientos años, un monstruo de tres cabezas viene a embellecer el árbol genealógico de la familia. Nadie se atreve a acercarse a la casa maldita, excepto los sombrereros, que llevan allí una cantidad anormal de sombreros. Únicamente que —y aquí la voz del actor adquirió acentos profundos y terribles— esos sombreros tienen formas que no corresponden a la de la cabeza humana.

La norteamericana lo miró entre ofendida e incrédula:

—No me hacen gracia esos chistes de mal gusto —protestó—. De cualquier manera, no me parece muy correcto bromear de esa forma sobre ese asunto.

—¿Me permitiría, señora, preguntarle a qué se debe su prohibición para abordar el asunto?

—Le explicaré —repuso la dama—. El marqués del Marne no es un hombre a quien nadie conozca. Yo, por lo menos, lo conozco. Y frecuenté su trato hace treinta años, cuando el marqués se hallaba en Washington. Por aquel entonces el marqués no usaba careta, salvo que se la pusiera al

apartarse de mi lado. Era un hombre solitario, sí, pero no un leproso. De la misma manera puedo asegurar que tenía una sola cabeza; y un solo corazón... un corazón destrozado.

—¿Alguna dolorosa historia de amor? —inquirió Sir John Cockspur—. Me gustaría conocerla para darla en «El Cometa».

—Por lo visto, señor Cockspur, usted considera que el corazón de un hombre sólo puede ser destrozado por una mujer. Es una galantería hacia el bello sexo esa opinión. Pero hay en el mundo otros motivos de amor y de sufrimiento... Lo que abrumó al joven Marne fué la muerte de su hermano; mejor dicho, de su primo hermano. Los dos se habían educado juntos, y se querían con cariño entrañable. James Mair —así se llama el marqués— idolatraba a Maurice Mair, que tenía algunos años menos que él. James era un hombre habilísimo, y desempeñaba con eficacia sus funciones de diplomático ante el gobierno de Washington. Maurice era también muy inteligente, y había demostrado siempre grandes condiciones para el arte dramático y para la música. James era hermoso y apuesto. Maurice no usaba barba ni bigotes; por los retratos que me mostraron, puedo asegurar que también era un hombre hermoso, si bien su cara se parecía un poco a la de un tenor. James solía preguntarme si no opinaba que Maurice era realmente un ser excepcional, digno de ser amado inmediatamente por todas las mujeres que lo viesan. Y, un día, ese ídolo se quebró como una muñeca de porcelana; un simple resfío contraído al borde del mar bastó para convertir en tragedia aquella exaltada veneración de James hacia Maurice. Maurice murió...

—¿Y desde ese día el marqués James se encerró en el castillo? —preguntó el joven Mallow.

—No. Primero emprendió un viaje a Asia. Visitó las islas caníbales y conoció a un misionero y un moreno. Rompió después todos los lazos que lo ligaban al mundo. No podía soportar ni siquiera una alusión a la antigua amistad interrumpida por la muerte. Le era imposible asistir a una ceremonia fúnebre, o escuchar nada que se refiriese



al difunto. Tenía un solo deseo: partir, alejarse. Estuvo ausente diez años. Después oí decir que había recobrado un poco de su primitivo amor a la existencia. Pero cuando entró en su castillo, tuvo una recaída total: se hundió en una melancolía mística que raya en la locura.

—Se dice que los sacerdotes lo acapararon—gruñó el viejo general—. El marqués entregó millones para la fundación de un monasterio. Y lleva precisamente una existencia de monje, de ermitaño...

—Esta clase de locura debería ser denunciada a las autoridades médicas —sostuvo Sir John Cockspur—. Ese hombre hubiera podido ser muy útil, con sus conocimientos sobre política internacional, al Imperio Británico. ¡Y los curas le chupan la sangre, como vampiros! Con su fanatismo y su hipocresía, seguramente, los frailes hasta le han impedido casarse.

—Es exacto: nunca se casó —dijo la matrona yanqui—. Cuando yo lo conocí, tenía novia. Pero creo que ese sentimiento sólo ocupó en su corazón un lugar secundario, y se extinguió a la muerte de Maurice... Conocí a la novia, y aun suelo verla. Era Viola Grayson, la hija del almirante. Ella tampoco se casó.

—¡Eso es un crimen, una vergüenza! —exclamó el periodista Sir John Cockspur—. Examinaré bien el caso, para denunciarlo a la opinión pública desde las columnas de «El Cometa». ¡Pensar que en el siglo veinte puedan suceder cosas absurdas! La matrona lanzó un suspiro:

—Desgraciadamente suceden. Nos hallamos, en realidad, ante la historia horrible de un muerto que entierra a otro muerto. El marqués está, para el mundo, tan muerto como su primo.

Con una sonrisa impenetrable, Hugo Romaine observó:

—La tormenta se aleja. No necesitarán ustedes pedir refugio en el inhospitalario castillo.

—¡Oh! ¡Yo no regresaría jamás al castillo! Mallow la miró sorprendido:

—¿Regresar... ¿Intentó usted alguna vez entrar en el castillo?...

—Sí. Una vez... —y se interrumpió para proponer—: ¿Por qué no volvemos al coche? Ya no nos sorprenderá la lluvia.

Echaron a andar por el camino, Mallow y el general Outram marchaban a la cabeza del cortejo. El general, en voz baja, dijo bruscamente al joven:

—No quiero que ese correveidile de Cockspur me oiga. Pero ya que usted le formuló esa pregunta a mi esposa, quiero satisfacer su curiosidad. Le he perdonado todo al marqués, pero jamás le perdonaré todo al marqués, pero jamás le perdonaré eso. Mi mujer —la mejor amiga que James tuvo en América— estuvo no hace mucho en el castillo. James se paseaba por el jardín. Tenía los ojos fijos en el suelo, como un ermitaño, y sus rasgos estaban ocultos por un capuchón negro más ridículo que cualquier careta. Mi esposa había entregado su tarjeta, al exponer el motivo de su visita; pasó al jardín y se quedó en uno de los caminos. Pues bien: ¡el marqués pasó de largo, sin concederle la menor atención! Ese hombre ya no tenía siquiera aspecto humano. Era más bien, un horrible autómatas. Por eso mi mujer puede decir que James está tan muerto como el joven Maurice.

—¿Qué extraño es todo esto! —contestó Mallow. Aunque, francamente... este... suponía que usted iba a contarme una historia mucho más interesante.

Cuando se hubo separado de sus compañeros, el joven Mallow fué en busca del padre Brown, a quien le expuso detalladamente todo lo dicho por los integrantes del picnic, sin omitir las referencias despectivas a la acción nefasta de los curas sobre el marqués.

—Le agradezco mucho que me haya confiado todo esto —dijo el padre Brown—. Si se tratase simplemente de usted y del general, la cosa carecería de importancia. Pero John Cockspur habla de denunciar en su diario la influencia que considera nefasta, ejercida por los sacerdotes sobre el marqués. Y eso es ya un asunto que no puede dejarme indiferente.

—¿Qué contestaría usted a Sir John Cockspur, padre?

El padre Brown meditó un instante, al cabo del cual dijo:

—¿Con el general Outram?... Permítame repetirle, padre, que fué la esposa quien nos contó toda la historia del marqués.

—Supongamos que todos los curas sean unos vampiros; supongamos que yo no constituyo una excepción. Pero, escuche: ¿sabe que tendría mucho interés en hablar con el general Outram?

—Sí. Pero lo que me interesa averiguar... es lo que el general no dijo.

—¿Lo que el general no dijo?... ¿Cree usted que el general conoce de este asunto algo ignorado por la esposa?

—Sabe, por lo menos, mucho más de lo dicho por la esposa. Usted me ha citado una frase del general: «Le he perdonado todo al marqués, pero jamás le perdonaré eso». ¿Qué otra cosa tenía que perdonarle?...

El padre Brown se había incorporado. Miraba fijamente en los ojos al joven Mallow. Luego, bruscamente, tomó su paraguas y su sombrero, y salió rápidamente a la calle.

Recorrió una serie de largas avenidas y se detuvo ante una casa de aspecto antiguo, donde preguntó a una sirvienta si podía hablar con el general Outram. Fué conducido a un gabinete de trabajo donde el general se entretenía examinando un mapa.

—Lamento interrumpirlo —se disculpó el padre Brown—. Pero necesito hablarle de un asunto pri-

vado. Le prometo que la cosa quedará entre nosotros. Y usted tiene que prometerme lo mismo. Desgraciadamente, es probable que alguien emprenda una campaña periodística. A propósito, mi general: ¿conoce usted a Sir John Cockspur?

—Creo que lo conoce todo el mundo. Yo lo conozco, desde luego, pero me parece no muy bien.

—Pues el periodista en cuestión va a publicar una serie de violentos artículos sobre «el misterio del castillo del Marne», sosteniendo que los curas arrastraron al marqués hasta los dominios de la locura.

—¿Sí?... ¿Y qué tengo que ver yo en ese lío, padre?

—Mucho. He venido a verlo porque supongo que usted me dirá la verdad, cosa que, por lo general, no hacen los periodistas. Yo necesito conocer esa verdad. Quiero investigar los hechos e impedir una calumnia. Mallow me habló del enclaustramiento voluntario del marqués a raíz de la muerte de un primo a quien quería más que a un hermano. Estoy seguro de que eso no es todo. Vengo a preguntarle si sabe usted algo más.

—No; no puedo decirle nada más.

—¿Pero sabe algo más? —insistió el padre.

—Supongamos que yo no quisiera decir nada más —sonrió el general.

—En ese caso —concluyó el cura—, seré yo quien se vea obligado a exponer el asunto. Yo estoy seguro de que el marqués tiene, para encerrarse en el castillo, una razón más importante que la simple pérdida de un amigo. Ese hombre es algo más que un afligido. Y ya que usted persiste en callarse, he aquí las razones de mi tesis: En primer lugar, se ha dicho que James Mair tenía novia, y que se apartó de la joven después de la muerte de Maurice Mair. ¿Cómo un caballero puede romper un compromiso con la sola excusa de hallarse deprimido por la muerte de un tercer personaje? Hubiera sido más natural que su noviazgo le brindara, precisamente, un consuelo a su aflicción, y, de cualquier manera, la decencia le obligaba a no romper su compromiso.

El general se atusaba el bigote, pero no contestaba.

—En segundo lugar —continuó el padre Brown.— James Mair preguntaba insistentemente a sus amigas si no encontraban seductor al primo y si las mujeres no debían enamorarse de él. No sé si a la dama americana se le ha ocurrido que esas preguntas podían prestarse a una doble interpretación. En tercer lugar, James Mair manifestó su duelo destruyendo todas las reliquias del pasado. Esto suele suceder a veces, en los casos de grandes aflicciones; pero también es pasible de una interpretación distinta. La cuarta y la quinta razón son concluyentes, sobre todo si se las relaciona. Parece que Maurice Mair no tuvo funerales muy solemnes; lo enterraron precipitadamente, quizás en secreto. Y James Mair desapareció en seguida, huyendo a los confines de la tierra. De todo esto resulta que...

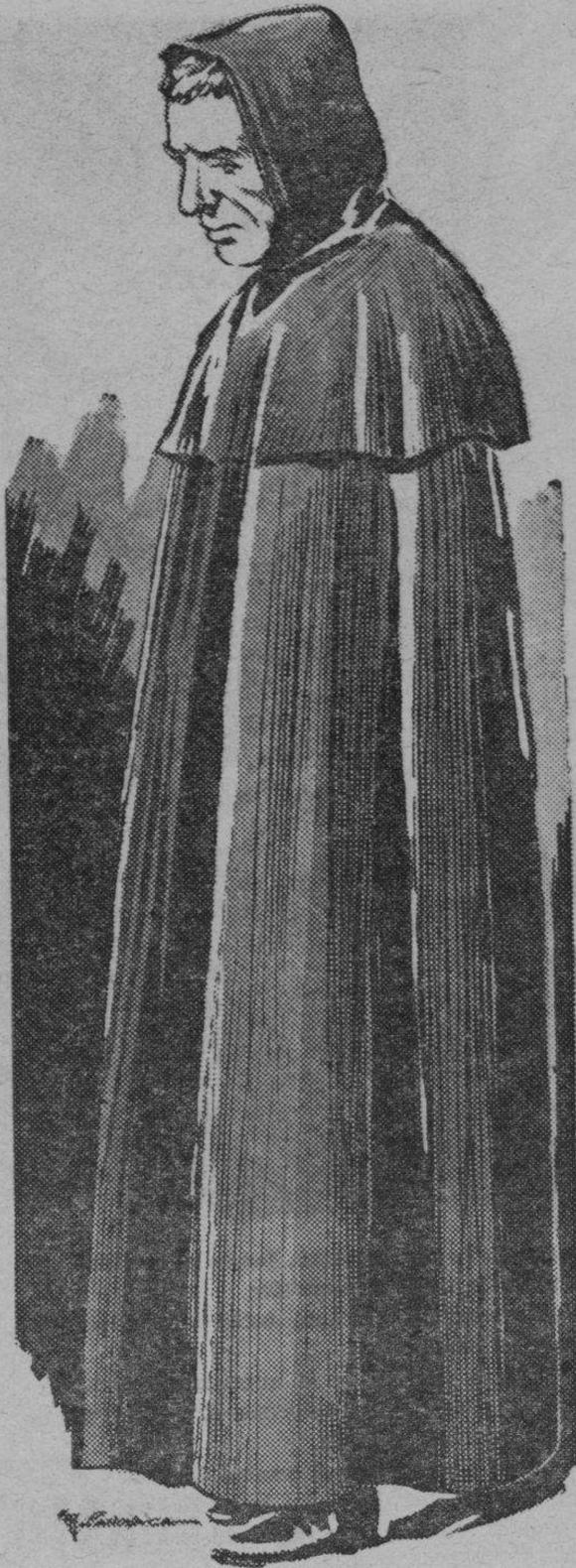
—¡Un momento! —idó el general, nervioso.— Espere que le diga algunas cosas más, pues de lo contrario usted imaginará lo peor. ¡Permítame asegurarle, ante todo, que fué un combate leal!

—¡Ah! —exclamó el sacerdote, lanzando un suspiro.

—Sí; fué un duelo.

—¡Me alegro, me alegro! Esto ya me parece menos sombrío...

—Cierto, menos sombrío que lo que usted había imaginado, padre. Podrá usted burlarse de la afeción de James Mair hacia su primo, pero yo le aseguro que era sincera. El pobre Maurice era un hombre distinto. Tenía muchos amigos que lo admiraban y mimaban. En todo —ya se trata de deporte, o de juegos de ingenio o de arte—, Maurice Mair era siempre el primero. Vencedor, sonreía; pero, si por casualidad, era derrotado, su sonrisa cobraba un matiz especial, próximo a los celos y al odio. El noviazgo de James Mair determinó los celos de Maurice... y dió, por fin, lugar



a un drama. James fué gravemente ofendido por el primo. Pero insisto, padre, en recordarle que la lucha fué leal...

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Lo sé porque estuve allí —contestó el general. Yo fui padrino de James Mair, en el duelo. Y vi a Maurice tendido en la arena, bajo mis ojos.

—Dígame algo más, general. ¿Quién era el padrino de Maurice Mair?

—Hugo Romaine, el gran actor. Maurice tenía la pasión del teatro, y protegía a Romaine, que empezaba a darse a conocer. Pero Hugo Romaine no tenía una opinión formada sobre el asunto. Intervino como testigo simplemente, porque estaba ligado a Maurice Mair por un lazo de gratitud. Los adversarios se batieron a la moda inglesa, con un solo testigo por parte. Yo quería que, por lo menos llamásemos a un médico. Maurice se negó, diciéndome: «Cuantas menos personas se enteren de esto, tanto mejor. Además, hay un médico cerca. En caso necesario, podrá llegar aquí en un minuto. Vive a media milla, nada más. Según lo que resulte del encuentro, lo llamaremos o no». Todos sabíamos que Maurice era el que corría mayores riesgos, pues la pistola no era su arma predilecta. Ya que él mismo se negaba a requerir la presencia de un médico, nadie insistió. El duelo tuvo lugar en la playa, en un punto de la costa oriental de Escocia, entre dunas de arena que parecían formar un link de golf. El duelo fué rapidísimo. A la primera detonación, Maurice Mair

giró como un trompo y cayó de bruces. Yo tuve en seguida la impresión de que James Mair sufría lo indecible al ver caer al amigo de su corazón. Nunca se perdonaría a sí mismo haber matado a Maurice Mair... En efecto, vi a James precipitarse hacia el cuerpo caído, al mismo tiempo que me hacía gestos para que fuese a llamar al médico. Había dejado caer su pistola, al ir hacia el amigo; tenía en la mano un guante, y sus dedos parecían alargarse y multiplicarse en aquella pantomima de signos para indicarme la necesidad de correr en busca del médico. Ese es el cuadro que quedé grabado en mi memoria. Yo no distinguía otra cosa, salvo las dunas, el cadáver tendido y la figura de Romaine destacándose rígida sobre el horizonte.

—¿Y Romaine no se movió?... ¿No corrió hacia el caído?

—Quizá lo haya hecho cuando yo me marché. Dí con el médico, que procedió rápidamente, aunque llegó demasiado tarde. Cuando se enteró de lo sucedido, montó en su caballo y se largó al galope en dirección a las dunas. En el breve instante de mi conversación con el médico comprendí que su presencia en la costa algunos minutos antes habría sido suficiente para evitar el duelo... Con extraordinaria habilidad, aquel médico hizo desaparecer hasta los menores rastros del duelo. Mucho antes de que yo regresase a la playa, lo arregló todo: el cuerpo estaba provisoriamente enterrado en la arena, y el desdichado homicida había tomado el único camino posible: huir. Usted conoce lo demás. El pobre James vivió en el extranjero durante muchos años. Más tarde, cuando el asunto fué olvidado, regresó a su lúgubre castillo. Yo no he vuelto a verlo, desde aquel día...

—Pero alguien intentó verlo, ¿verdad?

—Sí. Mi esposa no cejó en sus esfuerzos para ver a James. Mi esposa es muy amiga de Viola Graysson. Cree que una entrevista de los antiguos novios pondría, nuevamente, un poco de equilibrio en el cerebro de este hombre que se ha recluso en el castillo.

El padre meditaba, tratando de precisar los detalles de aquel duelo: las dunas de arena, el cuerpo caído, el heridor que sacude su guante y corre hacia el amigo, la figura rígida del padrino Romaine. Este último detalle parecía carente de importancia para el general; pero para el padre Brown aquella figura rígida sintetizaba todo el misterio de aquel crimen. ¿Por qué Romaine no se había movido? Lo lógico es que todos los testigos corran hacia el que cae.

—Díganle —preguntó por fin el cura al general.— ¿Hugo Romaine es un hombre de movimientos torpes, un hombre que se mueve lentamente?

—Me resulta extraña la pregunta, padre. En realidad, cuando se mueve Hugo Romaine lo hace con rapidez. Pero lo curioso es que esta tarde lo vi mantenerse rígido, de la misma manera que aquella vez, durante la tormenta. Envuelto en su capa con broche de plata, se erguía en actitud de estatua, sobre un montículo. El relámpago nos hizo estremecer a todos; sólo él permaneció impassible. Y cuando volvimos a quedar sumidos en la oscuridad, Hugo Romaine continuaba en su posición.

—Bien, pero... supongo que luego se habrá movido.

—Sí; se desplazó muy rápidamente, cuando oyó el trueno. Hubiérase dicho que lo esperaba, pues hasta nos indicó la duración exacta del intervalo.

El padre Brown tomó bruscamente su sombrero y sus paraguas, miró en los ojos al general Outram y murmuró:

—Amigo: no insista usted para que su mujer vea al marqués.

Y salió.

—Pero la esposa del general había preparado un complot para proceder al asalto del castillo. En un hotel próximo, se reunieron las personas dispuestas a penetrar en la morada del solitario. Lo ex-

traño fué advertir en esa reunión la ausencia de Hugo Romaine. Un telegrama comunicaba poco después a los complotados que Hugo Romaine había abandonado inesperadamente el lugar. La segunda sorpresa, cuando ya se había dado comienzo al ataque enviando al castillo un mensajero encargado de requerir la entrevista, fué para los complotados la aparición de un personaje que llegaba en nombre del marqués. Ese personaje era el padre Brown. Lady Outram miró despectivamente al sacerdote. Junto a ella se hallaba una mujer pálida, que seguramente era Viola Graysson.

—No me explico, padre, a qué se debe su intervención en este asunto —dijo la esposa del general.

—Los curas no deberían meterse en estas cosas —afirmó el periodista Cockspur.

—Permítanme, señores —pidió el padre Brown. Yo tengo, como ustedes sabrán, aficiones detectivescas. Considerando que me hallaba en el enigma de un crimen, intervine en nombre de la verdad y de la justicia. Acabo de hablar con el marqués. Y he llegado a la conclusión de que lo mejor será dejar tranquilo el solitario del castillo.

—¿Dejarlo tranquilo? —protestó la esposa del general.— ¿Dejarlo que se muera, que se torture por el solo hecho de haber matado a un hombre en duelo caballeresco?... ¿Y a eso le llama usted caridad cristiana?...

—A eso le llamo caridad cristiana, sí.

—¡Sea como fuere, yo quiero hablar con el marqués! —intervino Viola Graysson.

Y se incorporó, echando a andar en dirección al castillo.

Nadie se adelantó a detenerla. El general Outram, atusándose el bigote, insinuó:

—Con Viola Graysson no se comportará como se comportó con mi mujer.

El padre Brown, que parecía anonadado por la actitud de Viola Graysson contestó:

—El marqués no se comportó incorrectamente con su esposa, general.

—¿Cómo que no?... ¡Si ni siquiera le dirigió un saludo!

—Porque no la reconoció. Pero... permítame que hable. En primer lugar, yo no podía admitir la historia de la influencia nefasta ejercida por los sacerdotes sobre el marqués. Nosotros no aconsejaremos a nadie que se vista de monje, si no lo es. Pero se me ocurrió que el marqués hubiera deseado usar una máscara o cogulla. El general me hizo luego la descripción del duelo. La nota más característica de su relato fué, para mí, la figura de Hugo Romaine, en segundo plano. Esa figura era significativa, precisamente porque se mantenía inmóvil en el fondo de la escena. ¿Por qué, si el general corría en busca del médico, Hugo Romaine permanecía impassible, a pesar de haber visto caer de bruces al amigo y ahijado?... Más tarde me enteré de otro detalle curioso: Hugo Romaine es un hombre que sabe permanecer quieto cuando espera algo. Gracias a ese detalle comprendí todo lo demás. ¡También en aquella ocasión Hugo Romaine esperaba algo!

—Pero la tragedia ya había terminado —objetó el general—. ¿Qué podía esperar Hugo Romaine?

—El duelo —exclamó el padre Brown.

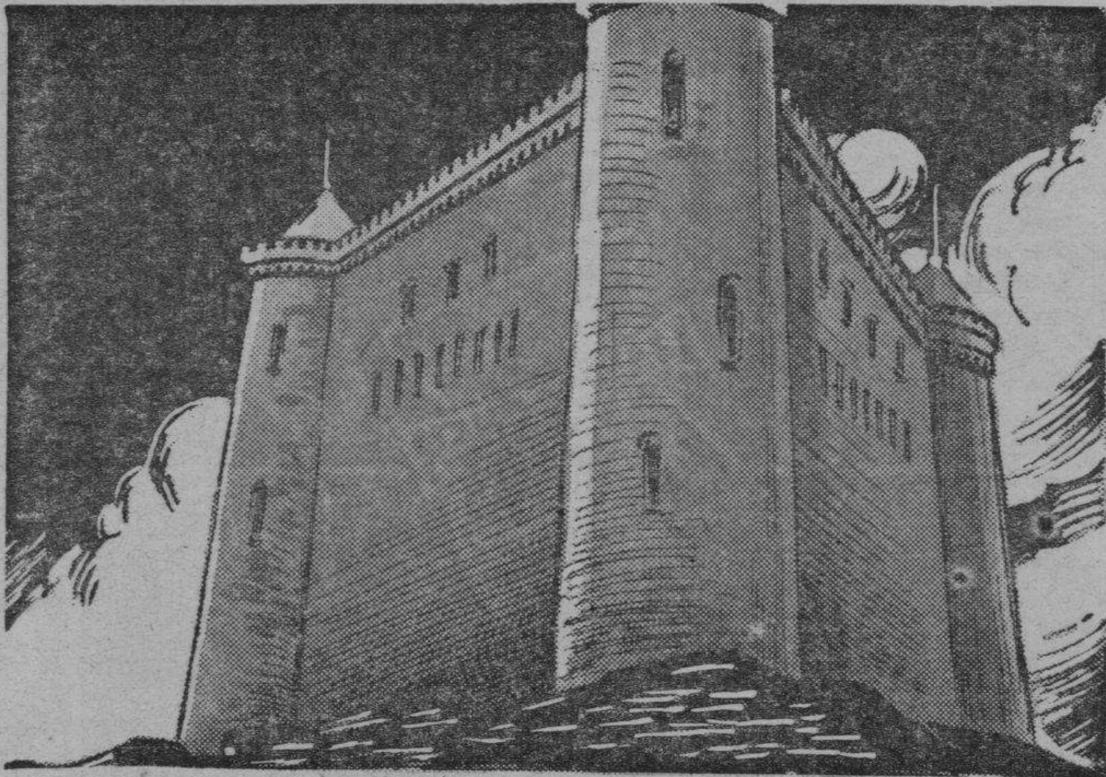
—¿El duelo?... ¡Si el duelo acababa de efectuarse! ¡Yo lo presencié!

—¡Y yo le afirmo que usted no lo presencié!

—¿No lo presencié? ¿Es que acaso soy ciego?

—Lo enceguecieron, general, para que no viese. Dios puso entre usted y el drama un muro de arena. Pero no se impacienta, y escuche con serenidad mi explicación. Maurice Mair tenía afición por el teatro. Hugo Romaine, protegido por el primo de James, le enseñó a Maurice todos los secretos de su arte. Maurice hubiera deseado ser, también, un gran actor, ¿verdad?... Pues bien: todos los actores saben dejarse caer al suelo como si estuvieran muertos...

—¡No! —exclamó el general, crispando su mano en un barrote de la silla.



—Sí. Maurice Mair, en realidad, se dejó caer antes de que James tirara. Tendido en el suelo, esperó. Y su amigo y profesor, rígido, esperó, también. Lo demás, en este crimen, es sencillo y clarísimo. James Mair, que era un hombre de grandes sentimientos, se precipitó hacia el primo para ayudarlo, para pedirle perdón. Había dejado caer su pistola. Pero Maurice conservaba su arma en la diestra... Y cuando James se inclinó, Maurice apretó el gatillo.

—¿Maurice? —gritaron todos a coro.

—Maurice, sí. Maurice no había muerto; se había dejado caer, simplemente, para desde el suelo matar a James, cuando éste se le acercara.

—Pero entonces... —balbuceó el general.

—Entonces se explica que el marqués no haya reconocido a su esposa, general. El solitario del castillo no es James Mair, el novio de Viola Graysson, sino Maurice Mair, el hombre a quien todos daban por muerto, el hombre a quien usted, gene-

ral suponía enterrado en la arena de la playa. El cuerpo enterrado fué el de James. Por eso huyó Maurice; por eso permaneció muchos años en el extranjero; por eso destruyó hasta los retratos de sí mismo; por eso vestía hábito monacal y se calaba sobre los ojos la cogulla. Maurice Mair está arrepentido. He hablado con él. En su soledad sufre lo indecible, por el crimen abominable que sólo tuvo por cómplices a Hugo Romaine y al médico.

El médico, ha muerto hace algunos años. Hugo Romaine ha huido... Ahora, amigos míos, dejen ustedes, con caridad cristiana, que Maurice Mair siga en el castillo. ¿Para qué entregarlo a la justicia de los hombres, si ya conoce la justicia de su propia conciencia? Y usted, señora de Outram, consuele después a su amiga Viola Graysson por el dolor que en estos momentos ha de experimentar al ver, en los jardines del castillo, los ojos hundidos de un hombre que no es James Mair sino el asesino de James Mair.

SEA ROBUSTO !

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rapido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, debentomarinode



Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE
19, Rue Jacob, PARIS





El corset Mainbocher está dando tanto que hablar como la «guerra relámpago» de Hitler en Polonia. El modelo tan debatido es el que aparece aquí sobrepuesto en cuatro Radio Fotos Acme Editors Press de la guerra en el frente oriental. En una aparece Hitler junto al indicador de camino que señala la ruta de Varsovia. En otra los soldados del Reich avanzando por los suburbios de Varsovia el 13 del pasado mes de septiembre. Abajo, a la izq., arde un grupo de edificios de una aldea polaca cerca de Lwow y en la cuarta un pelotón de soldados polacos inician un asalto a la bayoneta.

Una moda más explosiva que las bombas de novecientas libras.—Los norteamericanos, alarmados, piden que se ponga coto a una moda que está en desacuerdo con los postulados por qué pelearon los libertadores.—Las caderas anchas y los bustos prominentes y rotundos, vuelven por sus fueros.—Goering y Chamberlain en traje de baño.

NO es solamente la guerra europea la que en estos días tiene en actividad a los estrategas de café... o de bar—de los Estados Unidos. Casi al mismo tiempo que la conflagración que ensangrienta las hasta ahora apacibles campañas polacas, llenas de reminiscencias del rey Estanislao y de María Walewska, estallaba otra guerra también de procedencia europea: la guerra del corset.

Para algunos expertos en beligerancias femeninas, el corset que lanzó Mainbocher, un joven delgado, rubio y suave que toca el piano y se graduó en ciencias modísticas trabajando en la redacción del magazine «Vogue», es más explosivo que una bomba de novecientas libras. Por eso se le combate con saña en Norteamérica donde las gentes sensatas lo consideran tan reaccionario y peligroso como la vuelta a las contiendas imperialistas. Además, el corset es un artefacto completamente «totalitario», que impone rigideces y disciplinas con las que no pueden estar de acuerdo los demócratas yanquis. ¡Ni siquiera si la nueva modalidad, como tantas otras, le ha llegado de Francia!

«Si los corsets vuelven a imponerse entre nuestras féminas—ha escrito un yanqui alarmado—volveremos a la época de sus desmayos. ¡No podía ocurrirnos nada más peligroso! Por supuesto, la vuelta del corset femenino nos expone, también, a que el día menos pensado se retorne a nosotros la moda de los cuellos de celuloide. ¡Una tragedia que no podemos contemplar sin que se nos pongan los pelos de punta!

EL CORSET, PELIGROSO PARA LA FELICIDAD Y EL AMOR

Los doctores norteamericanos no se atreven a declararle la guerra a los corsets, por lo menos en público. Pero privadamente admiten que pueden

estropear más digestiones que la caída de Varsovia. Sin embargo, ¿que valen los consejos médicos cuando la ciencia se tiene que enfrentar contra la dictadura de la moda, frente a la cual las de Hitler o Stalin vienen a ser como un juego de niños?

Un periódico neoyorquino consciente de los peligros que para la felicidad y el amor entraña el corset de nuestras abuelas, ha escrito

«No apelamos a la Asociación Nacional de Medicina que confrontó el mismo conflicto en 1914 y no supo cómo resolverlo. Tampoco nos dirigiremos al Congreso o al alcalde Mr. La Guardia. Pero sí pedimos a los orientadores de la moda norteamericana, que combatan con todas sus fuerzas esta invasión que nos llega de París. Es necesario encontrar algún sustituto, algún punto intermedio que de a las mujeres norteamericanas la «vida libertad y felicidad» por que combatieron tan valientemente los padres de la patria».

LA CUESTION «ESTRATEGICA» QUE RESUELVE EL CORSET

En París la vuelta del corset no necesitó de defensas ni de incu-paciones. Fué suficiente que Mainbocher se lo ofreciera al público sin recomendaciones, para que las féminas lo aceptaran con el mismo fatalismo con que el general Gamelin acepta la posibilidad de que la línea Sigfrido resulte a la postre, invulnerable. Y no habrá que decir que las otoñales se agarraron a él como a una tabla de salvación. En una época de «curvas fatales» y de «movimientos envolventes», el corset les resolvía una cuestión «estratégica» de primera magnitud: mantener la silueta femenina con la bandera en alto, sin dejarle ver al «enemigo» que los cañonazos del tiempo habían causado deterioros en ella. Se dice que la duquesa de Windsor, la antigua Wallis Simpson, le dió al retorno del corset

su aprobación por medio de la modista Mme. Elsa Schiaparelli, una de las que tuvieron a su cargo la confección de su «trousseau» de desposada.

Cuando se dice que el emperador José de Austria fracasó en el intento de prevenir a las mujeres contra el corset, a lado a la Real Escuela de Medicina, se había solamente de una de las victorias del corset a través de la historia.

CUANDO EL CORSET TRAICIONA A LA DAMA

Si la moda anticipó la nueva guerra es algo que no nos toca a nosotros determinar. Tiempo habrá para ello. Lo que sí es un hecho probado es que la moda viene a ser como un lienzo donde los artistas de la aguja pintan sus creaciones, reflejando el estado mental y físico de los países que las crean. ¿Significa, pues, la resurrección del corset que le esperan tiempos de esclavitud y de rigor a la vieja Francia?

o o o

Las crinolinas, cuyo nombre todavía estremece a nuestras abuelas, parece que vuelve por sus fueros. Disimuladamente comenzaron a aparecer en diciembre del año pasado, en cinturones que evocan los levantamientos del siglo XIX. Ahora, ya en forma franca y decidida, los «couturiers» de París como Paquin y Vera Borea, inspiran sus modelos en los cuadros de Goya, A'ix, Mme. Lyolene, Chanel, Marjorie Dunton y otros, y han producido creaciones en las que toman parte principal la crinolina, las armaduras de alambre, etc.

Es natural que la guerra ponga en peligro todo ese panorama. Porque no habrá que decir que las circunstancias que confrontan las parisinas en estos días, hacen francamente peligrosa esa vestimenta. Ya un corresponsal norteamericano ha relatado por radio los esfuerzos de una señora otoñal para colocarse el corset en un refugio a prueba de bombas, durante una de las alarmas falsas que han aterrado a la población de la capital francesa. En estos momentos trágicos en que «la princesa y el pescador» se identifican en el pánico común, la dama de alcurnia que no había tenido tiempo de ponerse el corset, pidió a los hombres que se agrupaban a su alrededor que volvieran la vista hacia otra parte, para que sus opulencias carna'es no continuaran en evidencia. El corset, como se puede ver, en tan perentoria situación había traicionado a la dama.

AMPLIAS CADERAS Y BUSTOS PROMINENTES Y ROTUNDOS

Hay un aspecto en la resurrección del corset, que no debe pasar desapercibido cuando se habla de la posibilidad de que haya retornado para quedarse. Es el problema que les viene a resolver a las gordas, que podrán lucir una silueta más esbelta sin tener que someterse a dietas peligrosas o a ejercicios molestos. La moda, sin duda estimulada por las necesidades del cine, había sido cruel con las chicas abundantes de carne en los últimos años.

Pero ahora van camino de la dulce «vendetta», tuación molesta y hasta desairada, sino que la moda se ha rebelado al cabo contra una imposición salida de Hollywood, que sacrificaba el triunfo de las redondeces más o menos ebúrneas—que han dado a través de los tiempos la nota más auténtica e inspiradora de feminismo—a las necesidades fotogénicas de la cámara cinematográfica. En los últimos tiempos la perfección de la figura femenina ha tomado rumbos mahometanos, es decir, ha vuelto por los fueros de las caderas anchas.

Repetimos que el desencadenamiento de la guerra en Europa, puede cambiar en un dos por tres el panorama de la moda, en cuyo caso el corset, por lo menos en el viejo mundo, habría perdido su postrera batalla, como los boxeadores, por «abandono». Por lo pronto, ya el mariscal Goering ha advertido a los alemanes—y a las alemanas, por ende—que si se ven forzados a ello andarán en traje de baño. Inglaterra, siendo una isla y hallándose expuesta a la furia de las campañas submarinas que en la guerra pasada estuvieron a punto de rendirla, tampoco puede decir que las tenga todas consigo. A la mejor todavía le esperan a Mr. Chamberlain días de prueba en que tenga que acudir al Parlamento en traje de baño, con la careta contra los gases asfixiantes bajo el brazo y el simbólico y desprestigiado paraguas al hombro.

L día 20 de abril, miles de soldados alemanes marchaban a paso «de ganso» por la Vía Triumphalis que se extiende desde el antiguo palacio del Kaiser, al comienzo del Unter den Linden, hasta la plaza de Adolfo Hitler en el oeste de Berlín. Era la celebración del 50 aniversario del Führer, hoy considerado el hombre más poderoso del mundo, y el fundador de una Alemania que, según él, deberá ser en el futuro el guía de los destinos de la humanidad.

Desde las márgenes del Inn, surge reencarnado Napoleón.

El pequeño Adolfo nació en la aldea de Braunau, Austria, el 20 de abril de 1889. Al otro lado del río Inn, sobre cuyas márgenes reposaba un pueblo pacífico y desconocido, estaba la tierra alemana que Hitler considera un sagrado depósito de la historia. Su padre, cuyo verdadero apellido era Schicklgruber, cambiado por Hitler en 1877, trabajaba como oficial de aduanas, y nunca tuvo otras pretensiones que las de vivir modestamente y rodeado de su numerosa familia. Había siete hermanos de tres matrimonios, y Adolfo era el quinto, habido de la tercera esposa.

Un chico por cierto poco acostumbrado a la disciplina paternal. De muchacho no daba señales de descollar en la escuela, y entre los de su clase se destacaba poco, excepto como orador. Todavía jovencito abandonó el lar de sus progenitores y se marchó a Viena, donde se procuraba albergue y alimento entregado a los más pintorescos menesteres. Joseph Hailik hoy residente en Pensilvania, Estados Unidos, lo tuvo de aprendiz de empapelador y dice que Adolfo no era cuidadoso en la colocación de los bordes cuando ejecutaba su labor. En 1912 se fué de Viena y se radicó en Munich, donde, en 1914, había de ofrecerse como voluntario al estallar la Guerra Mundial.

Dos cosas distinguían al joven Hitler en esta época: poseía la fuerza mística de un poseído y la ambición desmedida de un Napoleón. Estaba en ciernes el genio de aquel culto del heroísmo que había proclamado el escritor inglés Carlyle como el símbolo de la verdadera historia. Veinticinco años más tarde el Ministro de Cultos, Kerrl, nuevo Falk de la moderna era bismarckiana, había de decir de él: «La cuestión de la divinidad es ridícula y nada de esencial. El Führer representa la madre patria», mientras otro prominente caudillo nazi, Spaniel, declaraba que «Hitler es un nuevo, más grandioso y más poderoso que Napoleón».

El personaje mítico que no puede volver a ser criatura humana.

Hitler, el empapelador de Viena, el hijo del agente aduanero Schicklgruber, ha dejado de existir. Los alemanes celebraron en abril el 50 aniversario de un semidios de la cultura nórdica. La hermana Angela el sobrino William, el hermano Alois, son criaturas de carne y hueso, de cuyos nombres ni siquiera hay una mención remota en las páginas de «Mein Kampf». Los sucesos del mundo, los vaivenes de la política, la distracción proverbial de los jefes de estado de Europa, hicieron posible esta extraordinaria transformación. En el 1919 Hitler era un simple «Gefreiter» vulgo cabo de infantería. Trabajaba como espía al servicio del Reichswehr o ejército regular. Asistía en el desempeño de esa misión a las reuniones del Partido Obrero Alemán, del que se hizo miembro para poder averiguar mejor sus interioridades. Pero como sólo había 40 socios y faltaba todo, inclusive el indispensable sello de goma, Hitler decidió organizar la propaganda del grupo. A los dos años de ser jefe de la propaganda era jefe absoluto del partido también.

En 1926 esta agrupación contaba con 72.000 miembros, o sea uno de cada cuatrocientos alemanes varones. Siete años después, el Führer recibe del octogenario Mariscal von Hindenburg las llaves de la Cancillería del Reich. Muchos hombres de talento que formaron en la dirección del Nacional Socialismo comprenden que les ha sonado su hora. Aquel insolente tesorero Schwarz,

HITLER, la fuerza avasalladora



Los miembros de la familia Hitler, de la cual se halla distanciado.

por ejemplo, que en 1930 se quejaba de los lujos que gastaba Adolfo en su apartamento de nueve habitaciones en el Prinzregentenplatz de Munich, cuando ya era jefe de 107 diputados y había recibido 6.500.000 votos en las urnas. Según Schwarz, el Führer no fumaba ni comía carnes, no tomaba licor, pero sus vegetales costaban tanto como el más fino champán, y en uno de los pisos de la vivienda alojaba a sus guardaespaldas que se dedicaban todo el día a libar intoxicantes.

Entonces, Hitler era un ser humano, hoy, no. Ahora no permite que fumen en su presencia y sus guardias de la Elité son entidades góticas desde el punto de vista de la moral. A diferencia de Napoleón, que no podía prescindir de la botella de sabroso Chambertin y de dos o tres preocupaciones amorosas, el Führer ha logrado emanciparse de cuantas pequeñeces existen en el mundo.

Su retiro de Berghof no le basta para mantenerse en olímpico aislamiento de las contaminaciones. Mandó construir en el pico de Kehlstein su pequeño palacio de cristal entre las nubes. Sólo dos personajes importantes han sido llevados allí: el embajador de Francia, Andre Francois-Poncet, y el Príncipe Miguel de Rumanía. En la cima del Kehlstein el Führer comulga con Dios.

Hitler, custodio de la sucesión monárquica.

Cuando el Partido Nazi estaba en sus comienzos, la elección del Führer se debía hacer por aclamación popular. Ese principio ha sido borrado del programa. Como Hitler no es casado ni tiene hijos, y si los tuviera éstos no serían mayores de edad a su muerte, el Tercer Reich carece de jefatura jurídica, después de él. Viene a convertirse Hitler en depositario de la autoridad monárquica abolida por la revolución republicana de 1919, revolución que el Führer ha descrito como el acontecimiento más abominable de la historia.

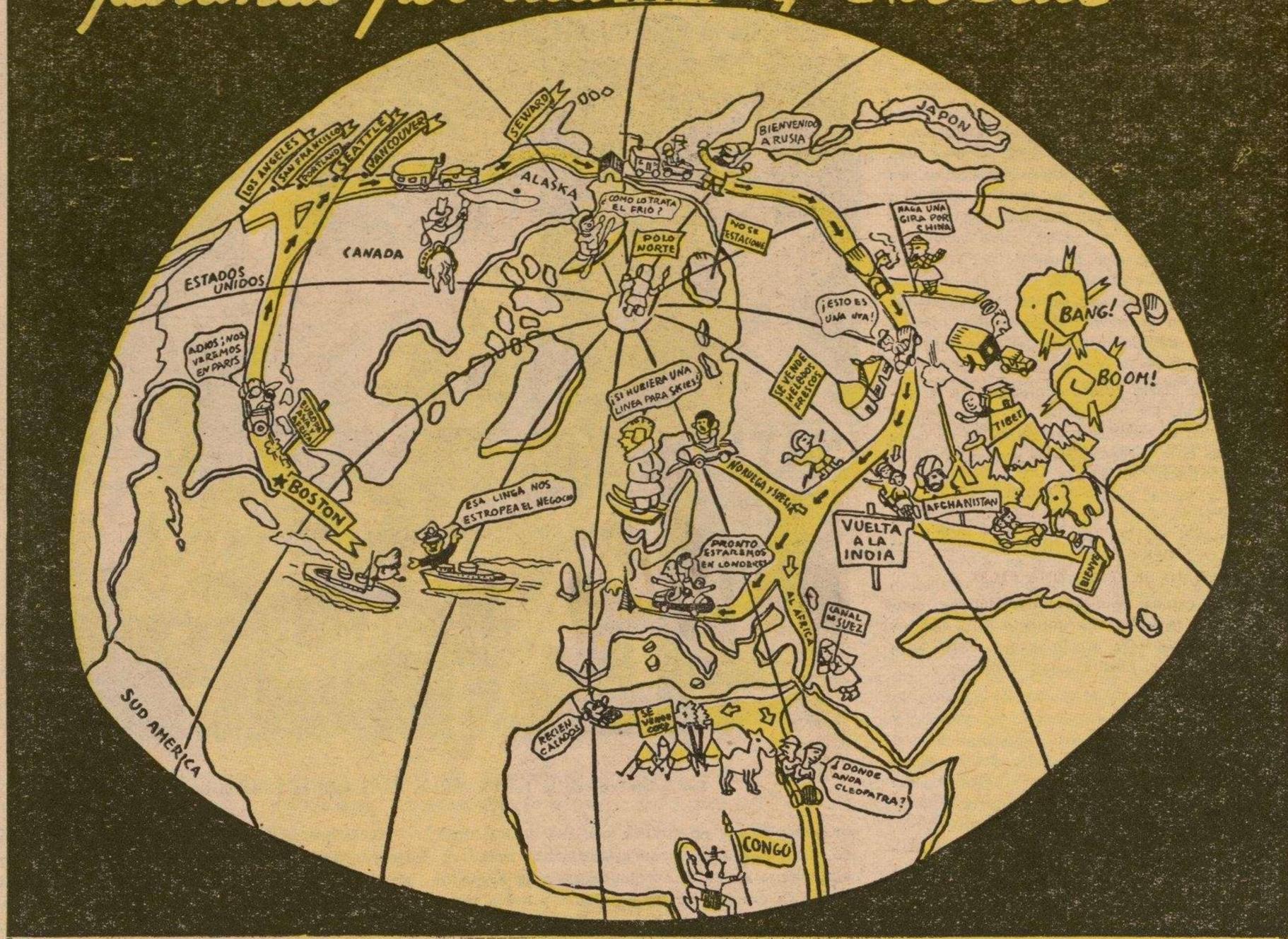
Dícese que su sucesor será el Mariscal Hermann Goering en el estado, y en el Partido Nazi su amigo Rudolf Hess. El día que eso suceda los nazis y los militares pelearán. Porque el ejército, como «institución mercenaria» que Hitler exterminó para crear la moderna maquinaria patriótica del Reichswehr, no tolera mandamientos improvisados de nadie, fuera del Führer auténtico. Goering siempre ha creído que la política del Nacional Socialismo es una política de transición. Los radicales del movimiento, cuya cabeza visible es von Ribbentrop, conceptúan al Nacional Socialismo el instrumento del «Mein Kampf» y el citado libro afirma que en el término de un siglo en Europa debe haber 250 millones de alemanes dispuestos a tomar en sus manos la dirección de la humanidad.

Un cuadro para Charcot y Freud.

Las opiniones sobre el Führer varían hasta lo inverosímil. Los hombres de ciencia creen que es un caso psicopático que pertenece por completo a las clínicas de Freud y Charcot. A estos hombres Hitler no les tiene más respeto que el que le profesaba el recién fallecido Papa Pío XI cuando decía que «un médico era suficiente para matar a cualquiera».

Pero hay quienes ven algo más serio en la textura moral del Canciller de Acero. Recientemente el ex presidente del Senado de Danzig, Hermann Rauschning, en su libro «Die Revolution des Nihilismus» (La revolución del nihilismo), ha explicado la naturaleza real del movimiento nazi presentándola como una acción dinámica tendiente a la disolución nacional. La fachada de esta situación, según él, es el orden y la disciplina, mientras que en el fondo lo que existe es la destrucción de todos los elementos del orden y de todos los valores materiales, espirituales e intelectuales de la raza alemana. Una revolución pre-

De Nueva York a Londres en automóvil, pasando por Alaska y Siberia



QUE realidades audaces nos reserva el futuro? ¿Será posible para los hombres del mañana pasarse del continente americano al europeo y recorrer las grandes capitales del mundo sin abandonar siquiera su automóvil? ¿Seguirán los turistas de los tiempos que habrán de venir la ruta Canadá, Alaska y Siberia para alcanzar por fin las viejas ciudades de Europa, en lugar de hacerlo por vía marítima como acontece en la actualidad?

En los Estados Unidos se abrigan grandes esperanzas en el sentido de que para 1944 será posible cubrir directamente en ómnibus la distancia que media entre Nueva York y Fairbanks (Alaska), con lo cual se vería realizada la primera etapa de ese plan que tan fantástico se nos aparece ahora.

gresiva, nihilista en sus cualidades inherentes. Como cabeza de dicha revolución de acuerdo con la tesis de Rauschning, Hitler es un Shigalov, el personaje de Dostoevsky que proponía la destrucción de cuantos valores intelectuales y espirituales existían en la civilización para establecer un nuevo orden de cosas que sólo era posible crear sobre las ruinas de lo viejo. Este talentoso alemán, que también siente por su patria y quiere verla engrandecida, no piensa que el concepto dinámico del Nazismo terminará con la muerte de Hitler. Hitler es considerado ya como el Mesías de la evolución orgánica, la voluntad de poder, no de poder nacional meramente, sino del poder «per se», o

Y se confía que para 1949, a sólo una década de distancia, habrá gigantescos ómnibus, contruidos especialmente para que puedan soportar los viajes por regiones extremadamente frías y montañosas, que partan de Times Square en trayectos regulares hacia Leningrado, Varsovia y algunos puntos importantes del oeste de Viena.

La sección norteamericana del fabuloso camino Internacional cubrirá una extensión de 2.500 millas 1.800 de las cuales serán a través de territorio canadiense. Ya se han comenzado a construir las secciones del camino de Alaska. El camino que iría a Siberia—el cual aun está en proyecto—terminaría

sea la fuerza avasalladora sin inhiaciones de ninguna clase. Alemania debe ser una nación «de clases», que imponga raseros al resto de los pueblos del orbe.

La guerra o la paz.

Cuando consideramos que el imperio otomano dominó durante mil años, no es posible dudar en la posibilidad de que los alemanes, iniciados por Hitler y después de Hitler, lleguen a dominar al mundo. El hombre de Berchtesgaden posee el fervor místico de los grandes caudillos.

Hitler ha llegado a creerlo así: es un tipo me-

en Hazelton, B. C., pequeña localidad con menos de mil almas, del Ferrocarril Nacional del Canadá.

Para comunicar Alaska con Siberia, será preciso construir el mayor puente del mundo. La estructura tendría que cubrir las 54 millas de extensión que tiene el estrecho de Bering, cuya profundidad no excede en ningún punto de cincuenta pies.

Algunos ingenieros de fama mundial han declarado que la construcción del citado puente no constituiría un problema particularmente difícil. Y citan, como ejemplo de que el mismo es factible, el camino para automóviles que se extiende ahora entre Key West y Florida, en reemplazo del que en otro tiempo fuera viaducto ferroviario. Tampoco resultaría más difícil la construcción de un túnel bajo el estrecho de Bering que practicarlo

siánico con 80.000.000 de adoradores a sus pies. Ha fundado su moralidad política en conceptos poderosísimos: la religión de la patria, la nobleza de la maternidad, la conveniencia del racismo puro. Cree que la civilización está amenazada por oscuras fuerzas que acabarán por destruir la legitimidad de las costumbres, de la estirpe, de la fe, y que el Tercer Reich ha dado la voz de alarma a las naciones. Napoleón fué el «Homus Mediterraneus», según Philip Guedalla, que quiso conquistar a Europa para hacerla aceptar la revolución francesa y su hegemonía en el Imperio; Hitler vendría a ser lógicamente, el «Homus Neanderthalianus», levantándose a defender su patrimonio contra las tribus bárbaras funestamente.

SAIN-LEONARD: edad 30 años; 10 de oficio. Llega al cine en el momento mismo de la aparición del sonoro, parlante. La historia de su iniciación es breve y rápida. Su madre tenía un taller de vestidos que servía al cine americano, especialmente a la «Metro». De este modo Saint-Leonard tomó contacto con los medios cinematográficos.

Interviene en el primer «film» francés sonoro, de exteriores, titulado: «El país de los vascos», en el que asumió la dirección Champreux.

A partir de este instante su camino está elegido, pero él sabe que ya el cine no es un camino fácil como en los primeros tiempos, sino un oficio duro, lleno de exigencias técnicas y de conocimientos a fondo. Por eso se empleó con todo su entusiasmo, y sin ponerle mala cara a las enojosas pruebas, de tiempo y enseñanza, por las que tenía que pasar.

Después de intervenir en la película citada, entra en las secciones de montaje del director Jean Choux, con una de cuyas hijas habrá de casarse más tarde. Al lado de este director realiza una de las obras más exquisitas del cine francés, desde sus comienzos a nuestros días. «Jean de la Lune».

Y, ahora, tras de esta carrera de diez años, sueña para él la hora de partir solo, de ser el total responsable, de despegar tierra hacia el firmamento de los fotogramas, como el hombre del aire que toma los mandos para efectuar un largo «raid».

—Sí, ha sido preciso trabajar—dice Saint-Leonard, con una sonrisa...

COMO SE HACE UNA FILM

—Un film—explica Saint Leonard—debe ser como una casa. El director es el arquitecto. Una casa sin planos tal vez llegue a ser una casa. Pero, en el mejor de los casos, resulta infectiblemente algo monstruoso.

«Una casa necesita de estos tres elementos: plano, material, construcción.

«Para el cine es igual.

«El «rodaje», o sea la «toma de vistas y escenas», no es más que el material. Este puede ser mejor, o peor, pero no pasará de ser la materia prima. Es decir: que el «film» debe estar completamente creado, para el director, antes de dar la primera vuelta de manivela.

«El «montaje» es la construcción del edificio.

PLAN DE TRABAJO. GRAFICOS. FICHAS

Resulta curioso ver, cómo nos ofrece Saint Leonard todo un escenario» de un film, desarrollado en gráficos y en fichas.

Primero, un extensísimo gráfico, donde se hallan representados el número de días que habrá de trabajar, los actores, las intervenciones de éstos, la figuración, los trajes y las escenas, interiores y exteriores.

Luego, todo el film convertido en fichero. Para cada cambio de imagen hay una ficha diferente; es decir: para cada escena.

—Todo director—añade Saint Leonard—debe poseer, por supuesto, un fichero particular bien or-



ganizado. Resulta complicado, porque este fichero, por fuerza, tiene que ser complejo. Un fichero de actrices, otro, dentro del general, de actores. Naturalmente, que no sólo con las figuras conocidas

y célebres, que habrán de estar, sino con las figuras de segundo orden, y hasta con muchos desconocidos y desconocidas, que se hallan al comienzo

(Continúa en la Página 23)

a través del arcilloso fondo del canal que separa a Calais de Dover.

En realidad, eminentes ingenieros convienen en que costaría menos y presentaría menores dificultades de índole técnica el unir América con Asia por medio de un puente o túnel, que construir el tan comentado túnel bajo el canal de la Mancha.

Desde la época en que la destartada diligencia cedió su lugar a la locomotora, desde el día en que se descubrió la máquina de combustión interna, desde el tiempo en que los hermanos Wright intentaron, por primera vez, en Kitty Hawk, ganar altura en una máquina más pesada que el aire, ya no causaron tanta estupefacción las enormes conquistas que paulatinamente se fueron realizando y el mundo se acostumbra a considerar con menos excepticismo proyectos que antes hubieran bastado para recluir a sus autores en una casa de locos

En menos de un siglo, el mundo ha podido ver realizada la construcción de amplios caminos carreteros, que cruzan de un extremo a otro los Estados Unidos y el Canadá, la construcción de los canales de Suez y Panamá, así como el establecimiento de

servicios aéreos regulares de pasajeros y correspondencia entre los puntos más alejados del globo.

Africa era para nosotros el continente negro, misterioso, poblado por razas excepcionales, y en el cual sólo un Mungo Park, un Livingstone o un Stanley se atrevía a penetrar. No hace de eso tanto tiempo; pero ahora ya podemos cruzar en automóvil las regiones que median entre El Cairo y la Ciudad del Cabo, en otro tiempo inaccesibles al paso del motor.

Para los habitantes de Estados Unidos, el realizar viajes en automóvil a la ciudad de Méjico y puntos aun más distantes, no revista ya mayor mérito ni ofrece dificultades de ninguna especie.

Y ya no están tan distante el día en que las dos grandes democracias de América—los Estados Unidos y la Argentina—puedan verse aun más estrechamente unidas por la gran carretera panamericana, parte de la cual se halla ya bastante adelantada.

Fué en 1931 cuando en Washington autorizó la legislatura la creación de la Comisión Internacio-

nal de Caminos, para colaborar con las autoridades canadienses en la construcción de una vía automovilística que uniera Estados Unidos, Canadá y Alaska.

Con la designación, por parte del presidente Roosevelt, del señor Dona'd MacDonald, famoso ingeniero de Alaska, para integrar dicha comisión, el proyecto ha vuelto a dar que hablar a la prensa del país. El señor Donald, que se halla actualmente muy atareado con los problemas que emanan de tan gigantesco proyecto, parece ser partidario más bien de un camino intercontinental que de uno internacional.

El camino Alaska-Asia ha estado preocupando al ingeniero Donald, desde 1926. Aun cuando ya en los tiempos del zar Alejandro se hablaba en Rusia de un proyecto para construir un puente sobre el estrecho de Bering, el señor Donald fué, en realidad, quien logró interesar a las autoridades del Soviet. Actualmente, los ingenieros rusos consideran un plan para construir un camino de cinco mil millas a través de Siberia, cuyo punto terminal sería el estrecho de Bering.

EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1914, EL "U.9", MANDADO POR OTTO WEDDIGEN, TUMBO TRES CRUCEROS ACORAZADOS BRITANICOS EN AGUAS VECINAS DE OSTENDE. LA NOTICIA CONMOVIO AL MUNDO. WEDDIGEN QUISO REPETIR LA HAZAÑA CON UN SUBMARINO M A S PERFECTO, PERO SUCUMBIO POR LA ARTILLERIA DE LOS ALIADOS. — INGLATERRA DESPRECIO SIEMPRE LA SUPUESTA EFICACIA DE LOS SUBMARINOS.

CUANDO estalló la guerra nadie creía en el submarino; era un arma un tanto embrionaria, sin duda porque los motores de combustión interna no estaban a punto todavía; se le consideraba como esencialmente defensiva y apta para misiones costeras, y apenas si el, a la sazón, comodoro Keyes, en Inglaterra, y von Tirpitz, en Alemania, habían llegado a conclusiones claras en el empleo hecho en las maniobras de los años inmediatamente anteriores a la conflagración. Entre todos los países, acaso el menos preparado para la utilización del submarino, desde el punto de vista numérico, era el Imperio de los Hohenzollern. No llegaban a treinta los que tenía en servicio, número harto inferior al de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, y aún de éstos, muchos no podían mantenerse en la mar arriba de tres o cuatro días.

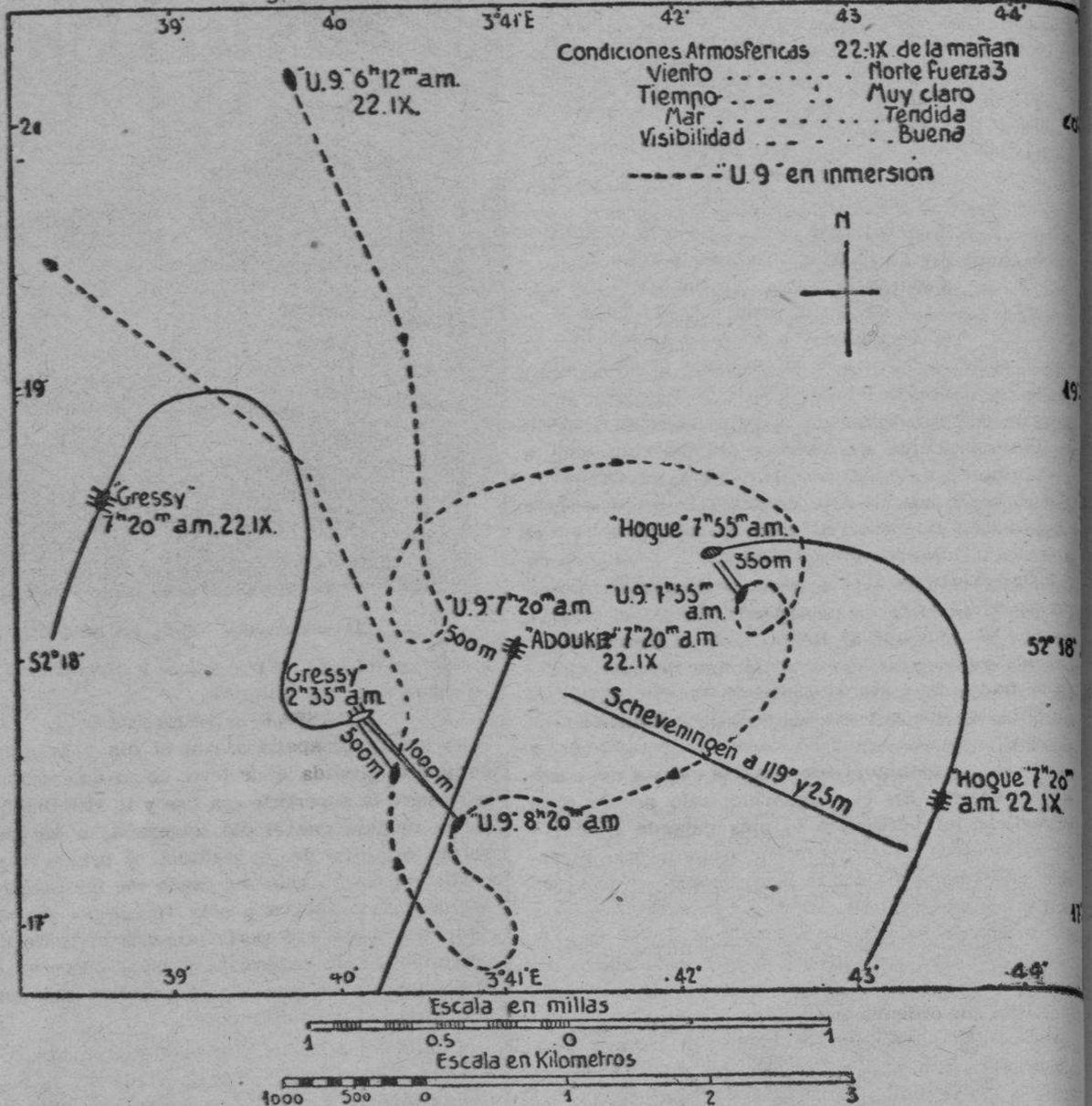
No obstante, los submarinos hicieron hablar pronto de ellos; cuando se rompieron las hostilidades, Alemania envió diez de ellos ante las bases enemigas, para que informasen de los movimientos navales del adversario; uno, el «U-15», era embestido por el crucero «Birminhgam» y desaparecía para siempre bajo las aguas. El 5 de septiembre, el «U-21», que meses más tarde había de hacerse célebre en los Dardanelos, echaba a pique el crucero ligero inglés «Pathfinder», frente al Firth of Forth. El primer torpedo automóvil lanzado por un submarino contra un acorazado lo fué el 7 de agosto fecha histórica, por el propio desventurado «U-15» contra el acorazado «Monarch», que navegaba en escuadra. Otras escaramuzas se sucedieron, semejantes a esos tanteos previos de los boxeadores que se encuentran frente a frente y saben perfectamente que su contrario es temible.

EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1914

La revelación del submarino, la fecha en que éste dió el golpe que demostró cumplidamente de todo lo que era capaz, fué el 22 de septiembre de 1914, ahora hace exactamente 21 años. Uno de los de tipo más anticuado, el «U-9»—493 toneladas 57 metros de largo, 14 nudos en la superficie y 8 sumergido, cuatro tubos lanzatorpedos, dos a proa y dos a popa, con cuatro torpedos de 450 milímetros, tripulado por cuatro oficiales y veinticuatro hombres—, al mando del teniente de navío Otto Weddigen, oficial que se había hecho notar en las maniobras por su habilidad en el manejo de esta clase de barcos, echaba a pique en una hora tres cruceros acorazados, de 12.200 toneladas cada uno, que median 134 metros de eslora, podían andar hasta 22 millas por hora e iban armados con dos piezas de 234 milímetros, doce de 152, doce de 76 y dos tubos lanzatorpedos, y eran tripulados por 750 hombres.

El «U-9» había sido enviado a rondar por las aguas vecinas a Ostende, para estorbar los transportes de tropas inglesas que, desde los puertos del Canal, iban al puerto belga. Weddigen salió de Helgoland a las cinco y cuarto de la mañana del 20 de septiembre; soplaban un viento fresco del Noroeste, y la mar consiguiente molestó duramen-

Esquema del ataque del submarino alemán "U.9" contra los cruceros ingleses "Aboukiz", "Hogue" y "Cressy"



A LOS 25 AÑOS DE LA REVELACION DE SUBMARINO

te al minúsculo submarino; los fuertes bandazos ocasionaron el mal funcionamiento de la aguja giroscópica, y el comandante hubo de recurrir a navegar guiándose por las sondas en unos parajes en que los móviles bancos de arena los hacen peligrosos—aun con todas las garantías que ofrecen al navegante los modernos adelantos científicos. Y en la tarde del 21, poco seguro de su situación fué hacia el Sur para reconocer la costa; en la noche ya hubo de sumergirse para huir de las molestias que ocasionaba la mar a la dotación, yendo a posarse sobre el fondo, en 25 metros de profundidad; imposible mantenerse, la mar sacudía el submarino y podía producir averías en los choques contra el fondo. Hubo de volver a la superficie y con la proa a la mar, pasar una segunda noche luchando con las olas embravecidas. Quien no lo haya pasado no puede imaginar lo que es esta lucha enervante encerrado en un espacio pequeño, como lo es el de la torrecilla de un submarino, calado de agua y con el frío consiguiente; hablamos, claro está, de las molestias físicas, sin contar la tensión natural del que, además, está en guerra. Mientras en aquella tarde, hasta los destructores ingleses de vigilancia entraban de arribada empujados por el mal tiempo, Weddigen continuó tenazmente en su puesto en cumplimiento de la orden recibida...

Cayó el viento con la llegada de la noche; la mar continuaba, esa mar larga, perezosa, que hace crujir tantas cosas a bordo y os desespera con una oscilación lenta, continua; una vez, hacia me-

dianoche, hubo de zambullirse precipitadamente al advertir la peligrosa vecindad de unos buques. Porque ya entonces, los alemanes sabían que lo que pudiesen encontrar en la mar era enemigo. Weddigen se fué lentamente hacia Leve mecido por la mar, pero más cómodamente que navegase en la superficie. Y al amanecer, el «U-9» volvió a la superficie; había calmado el viento y como suele suceder tras de soplar los de condiciones cercanas al Norte, la visibilidad era magnífica, la mañana clara, hasta el punto de que la farola de Scheveningen, en tierra holandesa, distinguía claramente, no obstante hallarse a millas de distancia. Weddigen puso en marcha los motores térmicos y se dispuso a cargar la batería de acumuladores, casi exhausta por la inmersión, mientras navegaba lentamente hacia el barco faro «Maas».

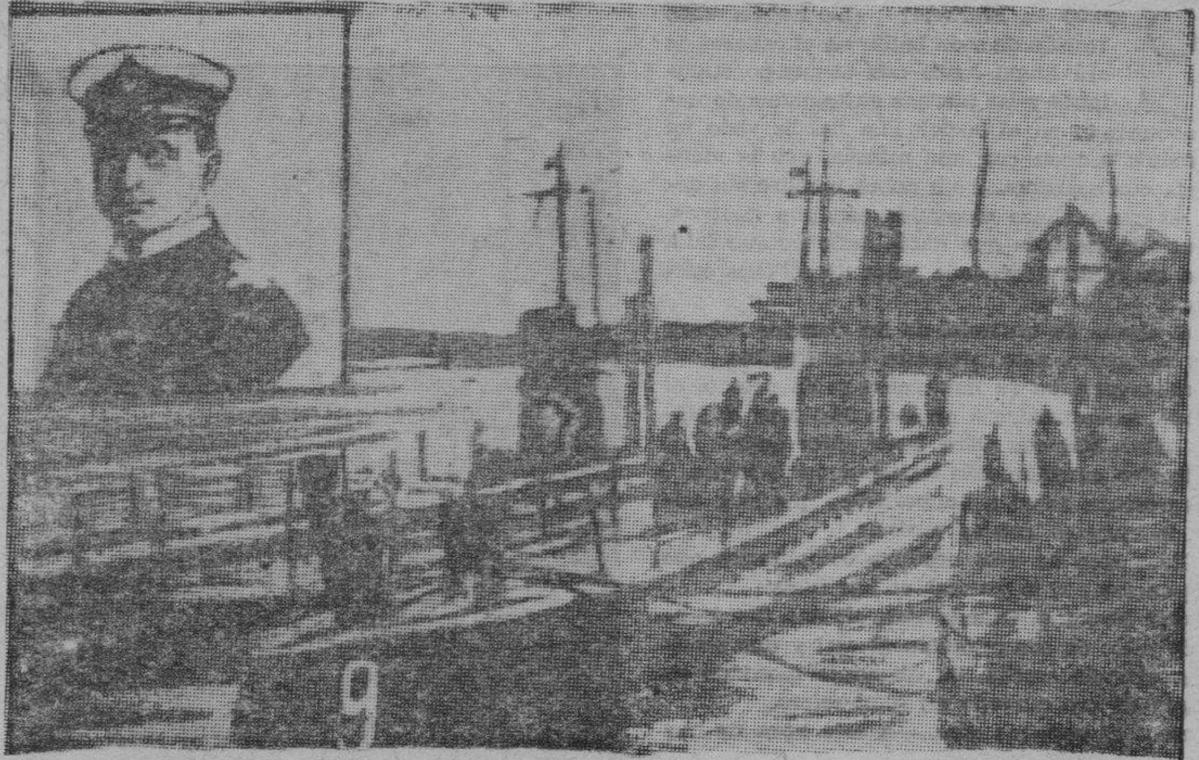
Serían las seis de la mañana cuando le pareció avizorar en el horizonte unos palos, que pudieron ser los de unos barcos de guerra; el «U-9» volvió a ocultarse bajo la superficie de la mar. Por el periscopio pudo pronto comprobar que tres barcos de dos palos y cuatro grandes chimeneas, navegaban en dirección tal, que llegarían a ponerse al alcance de sus torpedos.

La observación se hizo entonces minuciosamente, tiro naval, lo mismo el de artillería que el de torpedos, es un tiro al vuelo, en el que se ha de calcular el proyectil no donde el blanco se halla, donde estará al cabo de un cierto tiempo. No apunta, pues, al barco sino al punto ideal a

haya llegado cuando el proyectil que se le lanza termine su trayectoria; para ello es indispensable conocer la dirección que lleva o rumbo, y la velocidad a que navega la presunta víctima. Ello se consigue por medio de unos cálculos sencillos, a base de dos posiciones diferentes con relación a nosotros, del barco que se trata de atacar. Mientras los barcos enemigos—que eran los tres cruceros acorazados gemelos «Hogue», «Cressy» y «Abukir», pertenecientes a la séptima escuadra—navegaban lentamente y sin escolta de destructores—que justamente se había retirado a causa del mal tiempo, induciendo a pensar que ningún submarino podría aguantarse en la mar—como si se dirigiesen perezosamente a su trágico destino, el comandante del «U-9» pudo tomar calmamente los datos necesarios para el lanzamiento de sus torpedos.

LA EMOCION DEL ATAQUE

Hemos oído narrar a comandantes de submarinos de las naciones que fueron beligerantes en la guerra de 1914-1918, la suprema emoción sufrida en los momentos que preceden inmediatamente a un ataque; sin distinción de nacionalidades ni de razas, todos convienen en que son intensamente vividos, en que todo el afán se concentra en el acierto del ataque—cuyo fracaso es el comienzo de un contra-ataque tantas veces fatal para el escuadrón de acero—y apenas si pueden ver los rostros de los tripulantes, en que se revela la angustia de saber. En los buques modernos, cualesquiera que sea su tipo, nadie está al exterior en combate, pero son muchos los que por medios visuales indirectos, por pequeñas hendiduras del blindaje, destinadas a observar al enemigo, pueden darse cuenta del curso de la acción. En el submarino, sólo asoma a la superficie un periscopio lo más delgado posible—20 milímetros de circunferencia—para que su estela en el agua no delate la presencia del enemigo oculto, y, observando por él, el comandante hace sus preparativos ordena el lanzamiento de sus torpedos. Su cara ha de permanecer impassible para que sus subordinados, que le observan, mientras ejecutan sus órdenes, no puedan adivinar lo que sucede, si los acaecimientos encierran peligro para todos ellos. Cuando el torpedo ha abandonado el tubo y corre hacia el blanco, el comandante ha de descender a profundidad mayor que la que consiente sacar el periscopio a la superficie, y únicamente un ruido sordo, a lá lejos, a dos o tres mil metros, le dirá que el torpedo ha cumplido su mi-



El submarino «U-9» en Sassnitz. En el ángulo, su comandante, Otto Weddigen.

marino, y éste ha de resignarse a esperar una nueva ocasión en su «puesto».

DISPAROS CERTEROS

El viento desaparecía con el día y la mar era ondulada, tendida o de leva, como quiera llamársela; pero la superficie era lisa y la visibilidad mejor a medida que el día avanzaba; a las siete y veinte minutos de la mañana el primer torpedo partía en pos del blanco, desde 500 metros de distancia, que navegaba a sólo diez nudos de velocidad; Weddigen oyó perfectamente el ruido sordo, profundo, de la explosión, y pudo observar cómo el buque herido, que era el «Abukir», comenzaba a tumbarse inmediatamente.

«Cuando subí a cubierta—relataba el capellán del crucero «Cressy» en el «Daily Mail» del 25 de septiembre de 1914—vi que la formación estaba rota con el «Hogue» parado por la banda de estribor del «Abukir» y nosotros por la de babor; el «Abukir» estaba escorado y pedía por banderitas de mano que se le enviasen botes lo que se hizo seguidamente. La tripulación se apiñaba en la parte más alta, en espera de embarcar ordenadamente en los botes; pero el barco se iba más de prisa de lo que se esperaba, y a una voz todos se arrojaron

ban sus hermanos se dispuso a dar fin también de él.

El «Cressy» disparaba con toda su artillería de pequeño calibre contra todo lo que flotaba en la superficie y pudiera ser un periscopio; el «Hogue» se hundía en menos de diez minutos. Un torpedo explotó en el costado del único crucero superviviente, y como quiera que no comenzase a hundirse con rapidez suficiente, no pasó mucho tiempo sin que un segundo torpedo viniese a rematar la obra del anterior. El hundimiento se aceleró de tal suerte que a las ocho menos diez minutos, el «Cressy» desaparecía también!..

La mar estaba cubierta de cuantos objetos eran capaces de flotar; remos, gallineros, los botes, pocos, que se habían podido arriar, hamacas, y a todos ellos se aferraban los casi dos mil hombres que luchaban para salvarse; los cruceros habían sido armados al estallar la guerra, y, por tratarse de material relativamente anticuado, sus dotaciones estaban integradas por reservistas de los movilizados con motivo del ensayo hecho unos meses y que resultó definitivo.

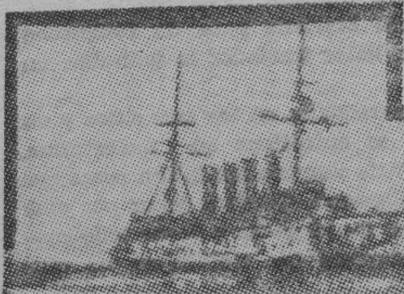
LA HUIDA

El «U-9», en tanto se alejaba del escenario de su gran hazaña; ya en el curso del ataque el maquinista había venido a hacer presente al comandante que la descarga de los acumuladores tocaba a su fin y que era necesario abandonar el ataque; Weddigen escuchó... y continuó hasta el final su obra destructora; mas una vez llevada a cabo se imponía proceder a la carga de la batería, y ello requería el venir a la superficie, cosa imposible de realizar en aquellos parajes en los cuales no tardarían en aparecer barcos ingleses para salvar a los naufragos de los tres cruceros torpedeados. Había que navegar bajo las aguas, consumiendo un mínimo de energía eléctrica; cuando, por fin, sopló los tanques, la mar estaba lana y el sol lucía espléndido. La carga comenzó seguidamente...

No quedaba a bordo ni un solo torpedo, de suerte que el regreso a Wilhelmshaven no admitía espera; a medida que se cargaba la batería, con el otro motor térmico navegaban lentamente hacia Levante, en demanda del litoral alemán.

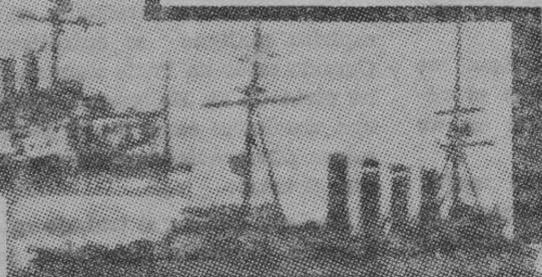
Había tenido lugar un hecho que había de conmover al mundo entero, aun cuando Otto Weddigen, en su modestia, asegurase que soamente la actitud excesivamente confiada de los ingleses había hecho posible su gesta. Es indudable que las medidas tomadas por los ingleses para la vigilancia en la mar no respondían a las exigencias nuevas; mantener cubrir una parte de la artillería por una sola banda, es poco cuando rondan los submarinos. Eran conceptos un poco clásicos, como en la guerra ruso-japonesa, que se desarrolló en condiciones completamente diferentes; era tam-

(Continúa en la Página 23)

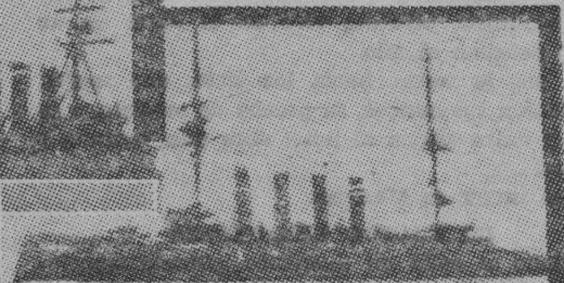


EL «HOGUE».

EL «ABUKIR».



EL «CRESSY».



nión brutal; cuando ha pasado el tiempo que debe invertir en su trayectoria y el silencio continúa reinando en el abismo azul, la decepción se pinta en las caras de todos; el riesgo ha sido inútil y la reacción enemiga acaso más violenta.

Otto Weddigen pensó que quizá habría de haberse as con la vanguardia de una escuadra fuerte, con los exploradores de toda la gran flota británica, y hasta es posible que pensase con cierta melancolía en que sólo tenía cuatro torpedos. Desde el primer momento resolvió no dejar escapar un solo barco mientras en uno de los cuatro tubos estuviese un huésped esperando la libertad de correr bajo el agua a todo el andar de sus motores de aire comprimido. El comandante del «U-9» puso su submarino a un andar mínimo, ya que el rumbo del enemigo le garantizaba que pasaría a su alcance. Porque bueno será advertir que el escaso andar de los submarinos cuando navegan en inmersión no les permite elegir el puesto para tirar, sino con anhelación considerable al ataque; es un cazador al acecho, y si yerra el tiro, la pieza sigue volando, ya fuera del espacio en que es peligroso el sub-

al agua, nadando desesperadamente para alejarse del barco que zozobraba».

Weddigen observaba el segundo crucero, parado al costado del naufrago, y a las ocho menos cinco minutos disparaba sobre él, con cinco minutos de intervalo, los torpedos de los tubos de proa desde 350 metros de distancia. Los dos hicieron blanco, como no podía por menos de suceder en tales condiciones, y el «Hogue» comenzó a hundirse con rapidez y su popa desapareció pronto bajo el agua; ni aun este peligro indudable de mantenerse parados, ofreciéndose como víctimas propiciatorias, hizo reflexionar a los ingleses. La guerra no se había mostrado todavía en toda su fuerza, y el submarino no era lo que fué más tarde; no se le concedía la importancia que demostró sobradamente, y la humanidad reclamaba sus fueros. Weddigen, en cuanto comprobó que el tercer crucero—el «Cressy»—no se alejaba del lugar en que zozobra-

COMO es Marlene? ¿La habéis visto vestida de seda bailar en el cabaret de «El Angel Azul» con el cuerpo ondulante y las piernas enfundadas de negro, taconeando en el suelo? ¿La habéis visto en esa película seducir con una mirada, que la mentira caía conmovedora, a un pobre hombre sin defensa, al que rechaza enseguida con una risotada, una extraña risotada que hacía daño porque salía de una garganta demasiado llena de sollozos contenidos?

En el «hall» de un hotel de los Campos Elíseos, donde la espero, esta pregunta me inquieta.

Pensaba verla en su habitación y, de pronto, al volverme, la encuentro a mi lado. En lugar de hacerme subir, Marlene viene a mí. ¿Por qué?

Me lo dice sencillamente tendiéndome la mano.

—Representa usted a un periódico que leen millares de mujeres ¿no es verdad?

No lleva uno de esos vestidos complicados que gusta ponerse por lo general, en sus films

¿Joyas? Ninguna. O, más bien, sí: una flor trenzada de hilos de oro prendida al ojal y una sortija, una extraña sortija, un diamante montado en una hoja de oro curvada en semi-esfera.

—Vamos al bar—me dice.—A esta hora no hay nadie.

—¿Sabe usted cuál es la gran pasión de las estrellas de Hollywood?—me pregunta.

—Supongo que el amor.

—Evidentemente —responde riendo.—¿El amor? Un poco. ¿Los matrimonios en serie? ¡Mucho! Pero la pasión sobre las pasiones, es la de los negocios. En América,

—Tienen más confianza en los billetes de banco colocados en el comercio que en su belleza, colocada en el cine ¿Y los hombres?

—También son prácticos, por supuesto, pero los encuentro de gran simpatía. Los maridos jamás ponen allí caras... ¿cómo diría?... de perro.

—Digamos que no son ceñudos.

—Ceñudos, sí. Eso no existe en América. Pues cuando los maridos vuelven a casa cambian de traje y sonríen. Nunca comunican su aburrimiento, su fatiga, ni su mal humor a su mujer. ¡Eso me gusta!

UNA MARLENE DESCONOCIDA

—Encuentro que es muy difícil fabricarse un alma diferente a la verdadera. Cuando representaba mis primeras obras teatrales—pues debuté en el teatro—me costaba mucho trabajo vencer mi temperamento natural, luchando contra mí...

Se detiene un momento ensoñando y vacilando —diríase—en confiarme su verdadero espíritu.

Suavemente recojo:

—¿Contra?

—Mi melancolía—continúa más bajo—. Nadie sabe hasta qué punto he podido ser melancólica.

—¿Siempre?

—Sí, casi: la guerra estalló siendo yo niña. La guerra es algo terrible. ¿No es verdad?

Una crispación aparece unos instantes en el rostro de la artista.

—Mi padre murió durante la guerra. Tras su muerte me invadió una ola negra, que hizo de mí una muchachita de ojos tristes.

Una muchachita de falditas cortas, de trenzas rubias cuidadosamente anudadas en la nuca que no sabe reír, que no sabe jugar, que se esconde a la hora de los recreos del colegio para que los profesores no se fijen en ella: una muchachita que llora cuando sus compañeras hablan de su papá y dice echándose en los brazos de su madre: «¿Es que se puede vivir sin tener papá?» Eso era Marlene, la estrella de Hollywood.

¿Cómo es?

SOÑAR UN POCO POR LA NOCHE

—Afortunadamente, continúa, el trabajo ahuyentaba un tanto mi melancolía. Desde las siete de la mañana a las seis y media de la tarde las clases más diversas se sucedían. Y, después, una cosa me consolaba sobre todas: la música. Aprendí el piano y el violín. Me gustan apasionadamente, y tocaba horas y horas todos los días, hasta el momento en que el teatro absorbió todo mi tiempo.

—¿Y ahora?

—Ahora no toco, casi no toco, pero siempre me



UNA ESTRELLA NOS CUENTA

LA MARLENE DIETRICH QUE NO SE CONOCE

POR VIOLETT MARIAUD

gusta la música con la misma pasión. Aquí me encuentro mimada en ese sentido, porque el célebre violinista Milstein vive en el hotel en un cuarto próximo al mío.

Así, por la tarde, hacia las siete, una mujer, abandona a sus amigos, su prueba de modisto, o su paseo y entra aprisa al hotel abre una ventana y escucha...

Y esa mujer es Marlene.

HA NACIDO UNA NIÑITA

Marlene se calla un momento. ¿Siente emociones que hacen nacer en ella su música preferida? Es más que bello su rostro: es conmovedor, coronado por sus cabellos claros, como de clara espuma, igual que una mancha de luz, con sus mejillas mate, un poco hundidas.

Un día se casó Marlene.

Un director de escena Siebert se fijó en ella en el teatro en que estaba contratada y la solicitó

—Conocí a mi marido en el «set».

—¿Entonces el amor ahuyentó su melancolía?

Hace un gesto evasivo.

—No del todo. Mi melancolía no desapareció más que con el nacimiento de mi hija María, mi niña.

¡El milagro de la maternidad extiende su poder hasta el alma de los artistas! Marlene olvidó su teatro, su cine, sus contratos de gloria, todo, todo, ante la cuna de su hijita. Para acercarse al pequeño ser no vestía sus trajes de vampiresa, sus inquietantes sombreros. Para ella no había más

TE ROBAN A MI, MAMA

María tiene hoy trece años, juiciosa, razonable: toca el piano, trabaja mucho con sus profesores. Una perfección, en suma, una perfección que habla corrientemente, como su madre, tres idiomas: el francés, el inglés y el alemán.

—¿Habla usted los tres idiomas con ella?

—Sí—dice Marlene sonriendo—la riño en alemán, la hablo en inglés para las cosas corrientes y mi ternura se expresa con ella en francés.

—¿Qué dice su hija por tener una madre tan célebre?

—Mi hija (la va a divertir) tiene más juicio que un viejo filósofo. Toma su partido sin quejarse demasiado de las exigencias de la vida, de las desesperaciones que nos causa mi oficio. Hace dos años la dejé diez y ocho meses en pensión, en Lausana. Nunca se quejó. Pero en cuanto terminó mi contrato la recogí y ya no la he dejado más.

María está muy orgullosa de su mamá, pero no le gusta salir con ella, porque le reconoce demasiada gente en sus paseos y tratan de acercársele.

—Lo que te doy me da más placer, que lo que compro para mí.

Marlene se anima: se transforma hablando de su hija. Parece que una nueva vida entra, de pronto, en ella.

—Mi hija es muy económica. A menudo, cuando quiero comprarle algo, se niega diciendo: «No me hace falta. Eso cuesta muy caro».

¿Cómo está lejos del estudio Marlene cuando evoca su hija, cuando me cuenta sus juegos con ella, sus risas, risas claras de mujer dichosa!

—Me hubiera gustado tener muchos, muchos hijos. Una docena por lo menos. Siempre he soñado con una mesa larga rodeada de niños, de niñas sobre todo, porque prefiero las niñas, más tiernas que los muchachos.

Marlene no tiene más que una hija ¡pero la quiere por las demás que no tiene!

CUANDO NO HACE CINE

En París nuestra bella artista desdeña los barrios demasiado elegantes y prefiere andar por las callecillas, las calles de las pobres gentes donde se encuentra a madres de familia paseando a sus crios, y a obreros sin pretensiones.

—Fíjate en la rubia. Se parece a la Dietrich de las películas.

A lo que replicó su camarada:

—¿Que te crees tú eso! ¡Esta no lleva un vestido tan bonito como la verdadera!

Y el hábito—dicen—no hace al monje.

Como un meteoro Marlene pasa de Hollywood a Londres, a París. Estos traslados la molestan un poco.

—Poseo efectos personales en los tres sitios y un espíritu maligno se entretiene en molestarme. Cuando estoy en París siempre me faltan cosas que he olvidado en Hollywood. Quisiera tener por casa una «roulotte» como los zingaros y llevar todo conmigo. ¡Desgraciadamente las «roulottes» no cruzan el mar!

Marlene gusta del trabajo que ahuyenta su melancolía dispuesto siempre a asomar la punta de su negra nariz en cuanto se la deja sitio libre.

—Nunca hubiera podido vivir sin hacer nada. Encuentro odiosa, incluso para una mujer, una existencia sin esfuerzos ni responsabilidades. Uno se olvida de sí mismo mediante el trabajo, se olvidan los acontecimientos, las luchas, la vida que no es siempre cómoda.

El bar vacío hace una hora está lleno de gentes asombradas y felices de hallarse al lado de esta mujer a la que lanzan miradas, que la educación trata, sin gran éxito, de hacer discretas.

Marlene un tanto fastidiada, se levanta.

Un silencio...

Todos miran a la gran mujer que, para huir de la admiración, se dirige rápidamente a la puerta. Su rostro sosegado hace un instante se ha crispado. Con una voz pesada, que parece soportar todo el peso de su celebridad, murmura:

—Es horrible ¿no?

Y para encontrarse a sí misma, Marlene huye en busca de su hija que la espera tocando el piano. Habrá risas en el cuarto.

¡Es tan bello ser una mamá que juega con su hija!

bién, sin duda alguna, que con la declaración de guerra no se entra en ésta hasta que el primer hecho bélico no despierta verdaderamente en los adversarios la conciencia de la lucha entablada; el comandante del «Abukir» no advirtió nada que pudiera denunciar la presencia de un submarino, lo mismo que su dotación y la de sus compañeros de navegación, y creyó haber chocado con una mina. La fuerza de la explosión acaso le hiciese confirmarse en su opinión y en cuanto al «Hogue» y el «Cressy» debieron abundar en este criterio, porque no sólo se acercaron, sino que lo hicieron muy lentamente como para evitar el arrastre de las supuestas minas.

Weddigen pasó la noche siguiente en el fondo, para descansar la dotación de todas sus fatigas y emociones; a las diez de la mañana del 23. vino a la superficie, y una vez comprobado que en el horizonte no se avistaba ningún buque, emprendió el regreso, y sólo entonces pudo comunicar con el crucero ligero «Hamburg», en el que flotaba la insignia del comandante en jefe de los submarinos, para decirle que había hundido tres cruceros enemigos, a los que identificó como muchos menores de lo que eran en la realidad. Fué más de veinticuatro horas después del acontecimiento marítimo, cuando en Alemania se pudieron confirmar los rumores esparcidos la víspera y debidos a las manifestaciones de los naufragos ingleses llegados a la costa de Holanda. El júbilo fué grande, porque no sólo se trataba de un acontecimiento digno de mención, sino que políticamente estaba llamado a producir efecto enorme en el ambiente de los neutrales y era un golpe magno asestado a la soberbia inglesa; era, asimismo, la demostración de que los bloqueos a la manera clásica y las escoltas consagradas antaño, estaban llamadas a desaparecer con la incorporación del submarino a las actividades guerreras; el «Daily Chronicle» fué el primero en dar la voz de alarma en su número del 24, con un artículo en que aseguraba que había desaparecido la hegemonía naval de la blanca Albión. Vino inmediatamente la reacción y se quiso presentar como derrotista al mencionado diario; la repugnancia de los ingleses hacia el submarino, mantenida desde los primeros inventos, se hizo mayor y aun cuando no se quiso confesar públicamente, se vió toda la magnitud del peligro que surgía.

RECIBIMIENTO TRIUNFAL

El mismo 24 entraba el «U-9» en el puerto militar de Wilhelmshaven; fué un recibimiento triunfal. Las escuadras encerradas en los puertos, sin ir a la batalla naval ansiada y que les hacía desear el convencimiento de la superioridad del material flotante alemán sobre el enemigo, se enervaba en la ociosidad, mientras las tropas avanzaban victoriosas en ambos frentes y los submarinos iniciaban su carrera devastadora. Cuando el «U-9» entraba en las primeras esclusas del puerto de Wilhelmshaven, las dotaciones de los barcos de superficie fondeados en el golfo de la Jahde se agolparon en cubierta para vitorear al vencedor. Desfiló el submarino entre las filas de acorazados y grandes cruceros amarrados a ambas orillas, mientras se desbordaba el entusiasmo. Weddigen fué premiado con la Cruz de Hierro, así como la dotación del submarino y se autorizó que éste llevase grabada en la torrecilla tan preciada condecoración. La popularidad sonrió al comandante del «U-9» en uno de esos momentos halagadores en que un hombre puede sentirse el ídolo nacional.

La vida de los héroes que se restacan suele ser efímera; por regla general, todos los que descolaron en los comienzos de la guerra, no vieron el final de la lucha; para los alemanes, acaso, fuese un consuelo. Penetrados de aquel magnífico espíritu de las dotaciones de los primeros tiempos de la contienda, de aquellas tripulaciones de que fué modelo el final épico de la del «Blucher», en el combate del bando Degger, es posible que el doloroso final revolucionario de la Armada alemana, les hubiese afectado más que la misma muerte frente al enemigo.

MAS TORPEDEOS

Weddigen torpedeó el crucero inglés «Hawke» el 15 de octubre del mismo año 1914; fué un ataque sencillo. El crucero navegaba acompañado de otros

dos recibió el torpedo y se hundió rápidamente; sólo que esta vez sus matalotes abandonaron a su compañero agonizante, con arreglo a las instrucciones del Almirantazgo, para evitar una hecatombe como la del 22 de septiembre anterior.

Poco después Weddigen tomaba el mando del «U-29», submarino nuevo, para premiar sus méritos y poner en sus manos un arma más propicia al éxito. El 18 de marzo de 1915, Weddigen rondaba las inmediaciones del Firth of Forth en acecho de nuevas víctimas, cuando avistó una escuadra de acorazados que navegaba hacia el Sur. El rumbo de la división inglesa le permitía lanzar desde buena posición, y el comandante del «U-29» se dispuso a enviar al fondo del abismo azul un nuevo barco enemigo; era el mejor bocado que hasta entonces se había ofrecido ante su vista y, justamente, las instrucciones imperiales referentes a la guerra naval, preconizaban la disminución de la diferencia existente en acorazados entre Alemania y la Gran Bretaña; y eran acorazados del tipo «dreadnought» los que avanzaban majestuosamente desde el horizonte, los que habían de pasar dentro del alcance de los torpedos que esperaban su segundo decisivo en los tubos del «U-29». Weddigen calculaba cuidadosamente los elementos del movimiento de los adversarios y elegía su víctima, el primer barco de la línea. Se acercaría todo lo posible para no errar el tiro, y pensaba en el efecto que en su país produciría la noticia de un «dreadnought» hundido; porque la victoria resonante del 22 de septiembre era más moral que material. Tres cruceros acorazados, tripulados por reservistas, no habían hecho una gran mella en el poderío naval de la odiada Inglaterra; bueno será añadir que lo más caro y difícil de formar es la dotación, suficientemente adiestrada, de un barco moderno. Su desaparición es acaso de más graves consecuencias que la del vaso flotante que la transporta, por potente que éste sea.

ERROR TRAGICO

Ya el primer acorazado entraba en la enfilación, y Weddigen disparó; ¿cómo pudo errar? El torpedo es un arma poco precisa por sí misma, pero el adiestramiento de las gentes de Weddigen era ya grande. ¡Misterio! Cuando el torpedo pasó sin hacer blanco, ya el tercer acorazado de la línea—el «Dreadnought» mismo, el prototipo de la serie—había avistado la estela de burbujas de aire de la exhaustación del propulsor del arma, y saliéndose

de la línea, a todo andar de sus máquinas, lanzaba sus diez y ocho mil toneladas contra el «U-29», cuya torreta asomaba a la superficie. ¿Cómo no se sumergió a gran profundidad en cuanto lanzó el torpedo? ¿Meditaba repetir el ataque? ¿Tuvo averías el submarino? Misterio, misterio también, y esta vez, misterio eterno, insondable.

El «Dreadnought» embistió al «U-29» en la mitad de su casco y los extremos del submarino, emergieron del agua y se irguieron hacia el cielo como en una desesperada plegaria postrema. El «U-29» y su comandante, el hombre que había impresionado al mundo entero al revelar las posibilidades de este tipo de buques, desaparecieron para siempre... Unas manchas de aceite tal cual objeto escapado del interior en la agonía del pez metálico, esto es todo lo que quedó del submarino «U-29», que mandaba el teniente de navío Otto Weddigen, el primer «as» de la guerra submarina...

En cuanto al «U-9», lo mandaba el que había sido su segundo, a las órdenes de Weddigen. Juan Spiess; lo mandaron al Báltico, donde llevó a cabo hazañas, cual la de penetrar en una bahía entre campos minados para torpedear un destructor ruso y otras varias que demostraban la buena madera de su comandante y la eficacia de las enseñanzas recibidas de su antecesor. Pero sus defectos eran varios, y al ir entrando en servicio otros submarinos más adecuados a la guerra, especialmente al aumentar la reacción defensiva enemiga, el «U-9» fué enviado a la Escuela de Navegación Submarina de Kiel; en él se forjaron muchos de los que hicieron célebre su nombre en los años siguientes, y cuando vino el final, los ingleses no incluyeron su número entre los que se reclamaban en la entrega de la flota alemana, que se estipulaba en las cláusulas del armisticio. En plena descomposición no faltó un grupo de marineros que lo ofreciera a la Gran Bretaña, no sabemos si por un puñado de libras estrelinas. Aquí difieren las versiones; mientras unos aseguran que estuvo en el Támesis, y fué exhibido como trofeo, otros autores dicen que los ingleses lo rechazaron. ¿Fué desguazado o hundido por alguien que no quiso se profanase lo que era una reliquia de la guerra nueva? Lo cierto es que nadie ha podido conservar un barco que es simbolo de toda una época, de un nuevo tipo de guerra y de una modalidad, también nueva, del heroísmo y la abnegación humanas...

Mateo MILLE

CINE DE EUROPA...

(Continuación de la Página 19)

de su carrera. Mire—dice, abriendo una gran caja depositada en el suelo de su despacho, y adecuada a los efectos—entre mis fichas de actrices jóvenes de que echar mano, y todavía sin renombre, tengo a Michele Morgan.

JUICIOS SOBRE ACTORES Y ACTRICES

—En esta última jornada—continúa Saint Leonard—han llegado al cine francés algunas actrices de gran mérito, todas ellas jóvenes: Michele Morgan, a la que acabo de citar, Corinne Luchaire, y Vivienne Romance, para mí la mejor de todas, e insustituible en algunos papeles.

«De los varones no se puede decir lo mismo. Apenas si hay algún descubrimiento, o revelación. Yo estimo a Jean Gabin en primera fila, y a su lado, a Fernand Gravey. Luego, los demás, bajan muchísimo. Entre los jóvenes desconocidos y que, por tanto, nada significaría dar aquí sus nombres, creo que hay alguno de talento indudable, y que pronto constituirá una revelación.

LOS DIRECTORES

—Los directores hoy consagrados—sigue hablando el propio Saint Leonard—en su mayoría han llegado al cine por caminos muy diversos.

dismo, crítica, decoración, teatro, y los más inimaginables oficios.

«Hoy eso ya no podría ser. Hay que poseer la técnica, y ésta sólo se consigue tras un largo y duro aprendizaje. Ellos proceden de la época del cine mudo, cuando todo era fácil y un film se realizaba con poco dinero, y con algo de buen gusto, e imaginación. De entonces a aquí, las cosas han

variado. No obstante, algunos de los aludidos han podido sostenerse a la sombra de la fama adquirida, pero ya los casos no pueden repetirse. El cine, ahora, requiere el conocimiento y el dominio de un conjunto de técnicas.

«Un detalle de hasta qué punto un director, o quien quiera serlo, deberá conocer todas las técnicas, puedo ofrecérselo yo mismo al decir que no habiendo jamás pensado representar ningún papel de actor, he seguido, sin embargo, durante dos años, cursos de arte dramático. Para saber cómo se desea un papel, en su interpretación, hay que tener conocimientos para indicarlo.

«EL ALCAZAR», OTROS ESCENARIOS

—Sí, tengo ese escenario preparado. La epopeya española del Alcázar de Toledo, en la tragedia que España acaba de vivir, me impresionó hondamente y puse manos a un escenario, que he acabado.

«Por lo demás, los temas españoles han sido llevados al cine francés con todo cariño y enorme éxito. Una de las películas inolvidables, de Duvi- vier, es «La Bandera», la gesta de la legión

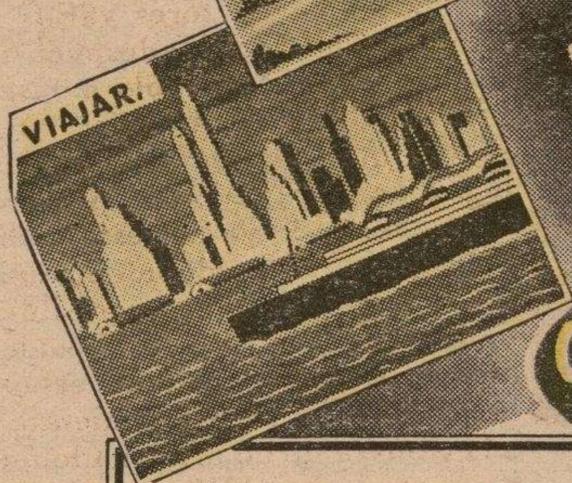
«Aparte de este escenario, del que acabo de hablar, tengo otros dos a punto de realización: «Dios crea el hombre» y «Valentín el descoyuntado»

PREFERENCIAS ACTUALES. ¿A DONDE VA EL CINE FRANCÉS?

Mis preferencias actuales se dirigen a dos directores: René Clair y Duvi- vier. El primero realizó un «film» magistral inolvidable: «14 de Julio». El segundo, ha realizado, hace poco, algo para mi gusto, perfecto: «Pepe le Moko».

Y terminamos nuestra conversación con el más joven de los directores del cine francés.

Realice el ideal de su vida...



participe EN EL NUEVO CONCURSO del JABON LLAVE

¡ TODOS LOS MESES!

UN PRIMER PREMIO DE

\$3.000⁰⁰

en efectivo

y MILES DE PREMIOS MAS

Un Concurso sin igual!

Además de su calidad maravillosa, única en Cuba en jabones para lavar y fregar, LLAVE le ofrece ahora su

NUEVO Y EXTRAORDINARIO CONCURSO

Un concurso que regala dinero en efectivo. Todos los meses un primer premio de \$3,000 contantes y sonantes, dinero que usted podrá disponer libremente para invertirlo en lo que mejor desee: TENER CASA PROPIA, VIAJAR, POSEER UN AUTOMOVIL, ESTABLECER UN NEGOCIO, LA EDUCACION DE SUS HIJOS...

¡HAGA CON SU DINERO LO QUE MEJOR LE CONVENGA!

UN CUPON SE ENTREGA A CAMBIO DE:

- 15 vales del Jabón "LLAVE" (barras)
- o de 8 envolturas de panes grandes del Jabón "LLAVE"
- .. 15 envolturas de panes medianos del Jabón "LLAVE"
- .. 7 envolturas del Jabón "CAMAY"
- .. 8 envolturas del Jabón "LUNA"
- .. 5 frentes de "PERLINA"

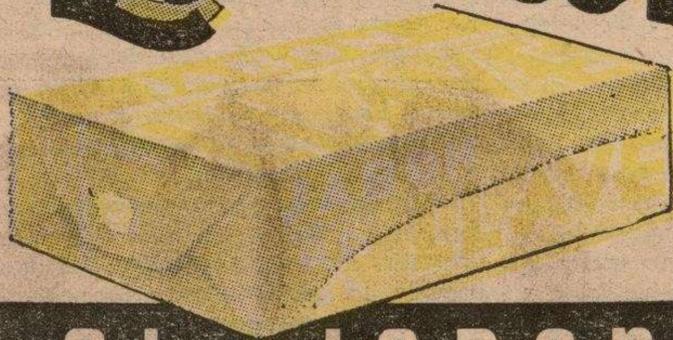
LOS CUPONES SE CONSIGUEN EN:

Las agencias del Jabón "LLAVE" y puestos de canje del Concurso, en toda la República.

Por correo dirijase al Apartado 1515 - Habana

¡¡CONSIGA SU CUPON EN SEGUIDA!!

Lave con



LLAVE

EL JABON DEL PUEBLO